

*Usos políticos
y culturales del
espacio público
en Quito*

1997-2007

*Ylonka Tillería
Muñoz*



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Usos políticos y culturales
del espacio público en Quito
1997-2007

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 146

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR
Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL
Roca E9-59 y Tamayo • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 255 4358, 255 4558 • Fax: ext. 12
www.cenlibrosecuador.org • cen@cenlibrosecuador.org

Ylonka Tillería Muñoz

**Usos políticos y culturales
del espacio público en Quito
*1997-2007***



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador



**CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL**

Quito, 2013

**Usos políticos y culturales
del espacio público en Quito**

1997-2007

Ylonka Tillería Muñoz

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 146

Primera edición:

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Corporación Editora Nacional
Quito, septiembre de 2013

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Armado:

Héctor Cisneros

Impresión:

*Taller Gráfico La Huella,
La Isla N27-96 y Cuba, Quito*

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador:
978-9978-19-588-8

ISBN Corporación Editora Nacional:
978-9978-84-685-8

Derechos de autor:

Inscripción: 041884

Depósito legal: 004958

Título original: *Usos políticos y culturales del espacio público en Quito: 1997-2007*

Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura,
con mención en Literatura Hispanoamericana

Programa de Maestría en Estudios de la Cultura, 2008

Autora: *Ylonka Tillería Muñoz* (correo e.: *ytilleria2010@gmail.com*)

Tutora: *Alicia Ortega*

Código bibliográfico del Centro de Información: T-0543

Índice

Introducción / 11

Capítulo I

Ciudad quimérica / 13

Una arqueología del espacio público / **13**

Ciudad y participación política / **19**

Cambios históricos, demográficos y sociales / **21**

Plazas, parques y tribunas: lugares para la socialización / **24**

Tribunas: escenarios de la fiesta y la política / **27**

Capítulo II

Ciudad trashumante / 33

La ciudad cercada y globalizada / **33**

La ciudad: laboratorio del goce / **36**

Espacio público: percepciones y usos / **39**

La Plaza de Santo Domingo (la dualidad del espacio) / **42**

La Tribuna del Sur (la vida barrial) / **46**

La Tribuna de los Shyris (el disfraz y el escaparate) / **49**

Capítulo III

Ciudad real / 53

Lo trágico, lo eufórico y lo profundo de una década política / **53**

5 de febrero de 1997 / **54**

21 de enero de 2000 / **56**

20 de abril de 2005 / **58**

Espacio público, ritualidad y protesta urbana / **59**

La urbe y sus memorias de asfalto / **64**

Conclusiones / 69

Bibliografía / 73

Anexos / 77

*A quien más sino a Ti, gracias.
A mis padres por el permanente apoyo y la fuerza.
A Katherine y Gianni, por estar. Que este trabajo sea una
motivación en sus vidas.
A la memoria de mi hermano Yandry,
en la distancia y la fe.
A los y las amigas que son y serán parte de este corazón.*

Por los consejos, minuciosidad y guía académica, gracias infinitas a Alicia Ortega. También a los profesores y compañeros de aula por nutrir este trabajo con sus ideas.

Gracias a Inés del Pino y Carmen Gangotena por compartir sus conocimientos y experiencia.

Por su generosidad y valiosa memoria, gracias a Edgar Freire Rubio.

Dejo constancia de mi agradecimiento a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, donde fueron germinando muchas ideas y sueños.

Introducción

La historia nació en los barrios de Quito y tomó forma en los parques y plazas de la ciudad. Creció al ritmo de las marchas festivas, las fiestas de fundación, los desfiles, las comparsas, las manifestaciones, los gritos de gol, los aplausos, las reuniones deportivas y las revueltas. La vida urbana manifestándose desde lo diverso; desde el ocio, el esparcimiento, la protesta, la risa, los gritos, la fiesta. Diferentes espacios que cobran sentido mediante los relatos que los reaniman y los inventan a cada instante.

Este trabajo parte de una interrogante central: ¿qué tipo de usos y prácticas se generan a partir de actos políticos, sociales y culturales que permiten recuperar el espacio público como referente identitario, simbólico y como lugar de concentración y socialidad. Este interés, junto a aquél puesto en el espacio de las mediaciones y los modos en que circulan los relatos de uno y otro acontecimiento, inevitablemente nos llevó a pensar en esa ciudadanía que se manifiesta en las calles y que reactiva los mecanismos democráticos, como una forma de romper con la visión de discontinuidad y segregación espacial al interior de la urbe.

Las crisis políticas han sido leídas desde visiones distintas y, paralelamente, los relatos y la memoria nos permiten conocer y descifrar las paradojas de nuestra realidad. Por esta razón, en los últimos diez años las calles y plazas de Quito han vuelto a ser el lugar de encuentro de diversos actores sociales que se han tornado en agentes urbanos que dotan de nuevos sentidos y funciones a este escenario que constituye la urbe. El 5 de febrero de 1997, el 21 de enero de 2000 y el 20 de abril de 2005, a través de los discursos que circulan diariamente en la ciudad, van construyendo distintas memorias, pues son precisamente las relaciones políticas y socioculturales las que han generado, durante la última década, un proceso de reapropiación del espacio donde los ciudadanos y ciudadanas buscan formas de integrarse y participar en la vida local y nacional. Así, las zonas del norte, sur y centro logran establecer marcos de sociabilidad mediante la resignificación de sus espacios.

La investigación da cuenta de las formas y prácticas de representación de la urbe, de los diferentes relatos que remiten a construcciones sociales y, de las relaciones de poder, que se actualizan en esos discursos. Indaga ade-

más sobre los procesos de resignificación y de síntesis cultural que realiza la ciudadanía a partir de la relación con su entorno. Se trata de un proceso social que configura, desde los mundos simbólicos de la discursividad, las esferas política, social y cultural de la sociedad presente.

La Plaza de Santo Domingo, la Tribuna de los Shyris y la Tribuna del Sur,¹ nos permiten establecer relaciones entre el centro, norte y sur de la ciudad, para determinar en qué medida los ciudadanos y ciudadanas tienden puentes simbólicos entre estos lugares y las coyunturas políticas. El estudio analiza estos tres espacios en interacción para mostrar de qué forma las prácticas cotidianas han transformado la funcionalidad de plazas y parques en lugares de convocatoria y reconocimiento colectivo, sobre todo en la última década.

Cada capítulo corresponde a los tres niveles espaciales propuestos por Michel de Certeau,² en la perspectiva de una mirada etnográfica de la ciudad. El primero está relacionado con los relatos fundacionales del lugar, *lo primitivo*. Según el autor, es la historia recogida y documentada en diversos archivos históricos que guardan el origen de estos espacios. Un segundo nivel, denominado *lo creíble*, hace referencia a las transformaciones urbanas y arquitectónicas de estos lugares. Por último, *lo memorable*, es el nivel de resignificación que establece una relación entre las experiencias sociales y las políticas de uso del espacio, donde permanentemente se actualiza la memoria.

El presente estudio se fundamenta en la idea de tres ciudades yuxtapuestas; una ciudad *quimérica* que se extasía en rememorar su pasado; una *trashumante* que, producto del devenir y la acción de sus habitantes, se recrea constantemente y, una *real*, que muestra la dimensión público social del espacio. A su vez, la investigación constituye una suerte de memoria frente a la continua depreciación física y simbólica del espacio público en el mundo moderno, que recorta y aísla sus espacios de la gente. Este trabajo fundamenta su reapropiación para convertirlos en lugares de memoria colectiva. Su estudio, ya sea, que tenga el carácter de tradiciones, aspectos generales o eventos esporádicos, es un valioso termómetro para establecer los grados de integración social, los alcances de los sentidos de pertenencia, las capacidades de apropiación de lo público y los niveles de participación que se dan en un barrio o en la ciudad en su conjunto.

1. Para detalles sobre la ubicación de los espacios públicos escogidos, véase anexo 1.
2. Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, trad. de Alejandro Pescador, México DF, Universidad Iberoamericana, 1996. p. 103-122.

CAPÍTULO I

Ciudad quimérica

UNA ARQUEOLOGÍA DEL ESPACIO PÚBLICO

Desde la minuciosidad del detalle visual hasta los caminos incognoscibles de la palabra, la ciudad es un escenario para ser continuamente explorado. Quien se adentra en este conjunto urbano, algunas veces desconocido, tiene siempre un cúmulo de nuevas experiencias presentes en cada calle, plaza o esquina. De allí que una arqueología del espacio público tenga siempre dos vertientes. Por un lado, el hilo conductor de quien hace las veces de etnógrafo, traduciendo la ciudad en imágenes y palabras y, por otro, la recuperación del pasado, que selecciona aquello que es importante y trascendente para el presente, desde donde se escribe.

Esas son las imágenes que nos transmite Ítalo Calvino. En su obra *Las ciudades invisibles*, decía el autor italiano, no se encuentran ciudades reconocibles, puesto que todas son inventadas y recreadas en una serie de dibujos mentales. Por ello, cada perfil recuerda un poco a nuestra urbe. Calvino le atribuyó a cada una de sus ciudades invisibles características femeninas que correspondían, según él, a «imágenes de ciudades felices que cobran forma y se desvanecen continuamente, escondidas en las ciudades infelices».¹

El libro constituye una suerte de diario etnográfico, ciertamente dominado por la fantasía, donde se describen detalladamente imágenes sobre la ciudad, que luego fueron plasmadas conforme a los humores y reflexiones del propio autor. «Las ciudades –decía Calvino– son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero esos trueques no son solo de mercancías, sino también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos».

El texto citado plantea además varias interrogantes: ¿qué es la ciudad?, ¿qué tipo de representaciones construimos para hablar de esta?, ¿cómo y desde dónde la imaginamos?

«La ciudad, refugio dominante en nuestros días, desde hace algún tiempo ha sido caracterizada como un escenario aterrador dentro del cual estamos

1. Ítalo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela, 1972, p. 4.

condenados, posiblemente por el tiempo, a habitar».² Dentro de esta concepción, el conjunto urbano se mira desde el aislamiento, el temor, la fragmentación, desde el peligro y la violencia. Por ello, la propuesta es abordar la urbe como un escenario de comunicación que no se remite únicamente a lo estrictamente espacial, ya que los procesos por los cuales la gente imagina y construye nuevas formas de socialización y representación, no caben en un ámbito puramente urbanista. Desde el urbanismo, Kevin Lynch³ incorpora una concepción histórica que identifica la ciudad como un espacio histórico-social que da lugar a hechos y representaciones, por lo que la urbe se constituye en un escenario vital para la comunicación y en el campo propicio para la expresión personal y comunitaria, donde el habitante urbano construye un hecho material productor de sentido.

La urbe que habitamos nos ha sido heredada por otros y solo la transformamos para después traspasarla a otras generaciones. Por ello surge la necesidad de comprender ese proceso para, desde nuestro actuar ciudadano, cambiar ese escenario excluyente, temido y ajeno, en un espacio incluyente para todos y todas.

Esa es la mirada que nos ofrece Michel de Certeau,⁴ quien sostiene que la ciudad es un entramado de significados donde convergen dos tipos de miradas: un discurso utópico y un discurso urbanístico. Para el autor francés, los nudos simbolizadores que orientan los pasos se basan en una doble relación entre las prácticas espaciales y las prácticas significantes, que a su vez definen lo *creíble*, lo *memorable* y lo *primitivo*. Estos tres dispositivos simbólicos, según De Certeau, organizan el discurso de la ciudad. Siguiendo esta línea de pensamiento, la denominación de este primer capítulo responde a una ciudad quimérica, aquélla que se construye a partir de la invención de elementos simbólicos, lugares y personajes ligados a momentos significativos. En otras palabras, aquello que nos permite hablar de la fundación de una ciudad.

La ciudad quimérica está impregnada de esta historia, en la que cada plaza o avenida nos remite a un hecho en particular. De allí que la nomenclatura funciona como una suerte de dispositivo de la memoria urbana, en la medida en que la denominación de una calle, un barrio, una cuadra, etc., busca legitimar y oficializar eventos históricos. Las funciones de los nombres propios que denominan una calle o una plaza cumplen el papel de hacer creíble el lugar en la medida en que nos evoca un suceso o un personaje de la vida nacional.⁵

2. Fabio Avendaño, «Lectura interpretativa de contextos urbanos de periferia», en *La calle. Lo ajeno, lo público y lo imaginado*, Bogotá, Barrio Taller, 1997, p. 51-70.
3. Kevin Lynch, *La ciudad como medio ambiente*, Madrid, Alianza, 1967, p. 245-257.
4. M. de Certeau, *La invención...*, p. 106-107.
5. Según Fernando Carrión, a diferencia de la época costumbrista que imponía un orden desde la

Las formas de la ciudad, vistas en su complejo arquitectónico, permanecen inmóviles, pero están allí para recordarnos dónde estamos, de dónde venimos y, claro está, hacia dónde vamos. Es decir, las formas de la ciudad reflejan lo construido y lo planificado, pero, a partir de las representaciones sociales, también revelan otras maneras de entender el espacio. Así lo explica el antropólogo francés Marc Augé,⁶ que afirma que toda representación del individuo es necesariamente una representación del vínculo social que le es cosustancial.

En este orden de cosas, el espacio público es aquello que define, en medio de la conflictividad y heterogeneidad, la identidad colectiva. Por este motivo son indispensables en el tramado urbano, puesto que constituyen el lugar de encuentro, comunicación, desarrollo de las relaciones sociales y de ejercicio de la democracia. Son, ante todo, escenarios dentro de los cuales los actores anónimos ponen en escena episodios de la vida urbana, dentro de un contexto específico. De allí que «Escenario, escena y actor son elementos definidos por una época, un lugar, una condición económica, son elementos interactuantes dentro de la ciudad, los cuales se deben observar simultáneamente para poder comprender las manifestaciones de vida ciudadana que emergen en cada fragmento de ciudad».⁷

Tomando en cuenta estos aspectos, la ciudad –además de ser un invaluable conjunto arquitectónico– es también el espacio donde la gente plasma sus experiencias políticas, sociales, históricas y culturales; por ello son necesarios espacios de encuentro y de contacto, que permitan reconstruir la diversidad y trascender lo individual. Desde aquí, la ciudad es vista como un conjunto heterogéneo que concentra actividades de todo tipo y, a la vez, crea sentidos de pertenencia e integración mediante sus usos sociales, formas discursivas, símbolos e imaginarios.

Veremos entonces que el entramado arquitectónico tiene un valor espacio funcional pertinente para este estudio. Como lo señala el semiólogo italiano Umberto Eco, «la arquitectura connota una ideología del vivir y por tanto, a la vez que persuade, permite una lectura interpretativa capaz de ofrecer un acrecimiento de información».⁸ De esta forma, el contacto que el individuo establece con su entorno, le permite configurar una relación espacial y generar un canal de comunicación con el objeto arquitectónico, más allá de su fun-

sociedad, en la actualidad la nomenclatura de tipo conmemorativa responde a un poder local que legitima el orden social.

6. Marc Augé, *Los no lugares, espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 26 y 27.
7. Fabio Avendaño, «Lectura interpretativa de contextos urbanos de periferia», en Hernando Carvajalino Bayona *et al.*, *La calle, lo ajeno, lo público y lo imaginado*, Bogotá, Barrio Taller, 1997, p. 51-70.
8. Umberto Eco, *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1999, p. 317.

cionalidad. Es decir, el contacto entre el individuo y su entorno, así como el grado de percepción que tenemos de ciertos lugares, permiten asignar un valor simbólico a los objetos materiales. De allí que, para Eco, la infraestructura de la ciudad posea un carácter connotativo.

Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos decir que, en la medida en que algo crea sentido, comunica. Esta sencilla afirmación puede sintetizar la significación del acto comunicativo: un proceso de generación, producción, consumo e intercambio de producciones sociales de sentido. En un escenario concreto de intercambio de productos culturales, es determinante la situación social generadora de las necesidades comunicativas, satisfechas por dichos objetos, así como las características generales del comportamiento humano y del mismo acto comunicativo contextualizado.

De la misma manera, el arte y la arquitectura como discurso estético conllevan una modalidad de intercambio social y, por tanto, tienen que ver con la generación, producción e intercambio de sentidos. Así, la interacción se facilita con las expresiones y signos a través del proceso de comunicación y de significación, que dota de un significado o contenido al objeto material. En este escenario de comunicación, dichas prácticas están relacionadas con un mundo simbólico donde los habitantes de la urbe establecen nuevos puntos de acción y encuentro en un espacio determinado.

Desde la perspectiva del sociólogo español Manuel Castells, el espacio puede definirse como «el soporte material de las prácticas sociales que comparten el tiempo», es decir, «un producto material en relación con otros productos materiales, incluida la gente que participa en relaciones sociales determinadas (históricamente) y que asignan al espacio una forma, una función y un significado social».⁹

Al conferir al espacio estos roles, el individuo ubica su lugar en el mundo y lo dota de una identidad primaria para, a su vez, organizarlo y hacer uso del mismo. Podemos decir entonces que el espacio público es el lugar que trasciende lo individual y define lo social, al potenciar el contacto entre los individuos. Visto así, el espacio público está sujeto a transformaciones que tienen que ver con el grado de funcionalidad histórica y espacial. Es común que en la ciudad se trasladen objetos materiales como monumentos, plazas y parques para cambiar su funcionalidad. Esta cualidad les permite trascender en el tiempo y ofrecer al habitante una perspectiva siempre nueva del paisaje urbano, a la vez que nos remite a un lugar y un espacio determinados. Por estas razones, el espacio urbanístico y arquitectónico pueden representar el espíritu de una época.

9. Manuel Castells, *La sociedad red*, Madrid, Alianza, 1997, p. 444-445.

El arquitecto y urbanista ecuatoriano Fernando Carrión¹⁰ distingue dos tipos de funciones del espacio público dentro de la ciudad. El primero guarda relación con el sentido y forma de la vida colectiva bajo dos aspectos: mediante un tipo particular de urbanismo, donde lo público define su lógica y razón de ser y no al revés; es decir, donde se ve lo público como un mal necesario. Y por otro, mediante el uso colectivo del espacio público, en el que la población se apropia de su ciudad. Una segunda funcionalidad, según Carrión, tiene que ver con el grado de representación de la colectividad, que trasciende en el tiempo mediante dos formas: la apropiación simbólica del espacio público, que permite extenderse hacia expresiones nacionales e incluso internacionales. Por otro, la construcción simbólica que está vinculada con la finalidad de representarse y visibilizarse. Para ello pone como ejemplo la Plaza de la Revolución de la Habana,¹¹ que fue construida para generar una simbología particular, y reproducida en otras ciudades del mundo.

De este modo, las estrategias cotidianas que permiten ocupar la ciudad y la memoria que la reconstruye requieren de ciertas prácticas colectivas o individuales. En esta línea, Michel de Certeau¹² ofrece una distinción entre comportamientos tácticos y estratégicos. La estrategia define un lugar susceptible de ser circunscrito como algo propio, como una victoria del lugar sobre el tiempo por medio de la fundación de un lugar autónomo. Las estrategias, desde este lugar de poder, tienen la capacidad de articular un conjunto de lugares físicos donde se reparten las fuerzas. El lugar de la táctica, por otro lado, es el del otro. Este no lugar, como dice De Certeau, le permite la movilidad pero con una docilidad respecto a los azares del tiempo. Los comportamientos tácticos son de cierta forma inconscientes y adquieren un grado de significación discursiva cuando se transforman en relato por medio del lenguaje; en tanto que los comportamientos estratégicos proponen un método mucho más reflexivo y establecen lugares definidos para establecer relaciones con los otros.

En este marco conceptual conviene reflexionar sobre los usos políticos y culturales del espacio público en Quito, pues transforma la idea de una urbe compuesta por construcciones y recuerdos, narrada a través de textos y leyendas. Al respecto Paul Ricoeur indaga sobre la competencia entre memo-

10. Fernando Carrión, *Espacio público: punto de partida para la alteridad*, Quito, FLACSO Ecuador, 1999, p. 1-27.

11. Según la referencia de Carrión, la Plaza de la Revolución en La Habana es una de las caras visibles de la historia de Cuba. Constituye el escenario para los discursos oficiales de Fidel Castro y el lugar donde fue construida la estatua de un importante héroe de la historia cubana, José Martí. En este mismo sitio, se dice que una inmensa muchedumbre lloró la muerte del Che Guevara en 1968, de allí que en una de las esquinas también conste la imagen de este personaje.

12. M. de Certeau, *op. cit.*

ria e historia en la representación del pasado. «Entre el voto de fidelidad de la memoria y el pacto de verdad en historia, el orden de prioridad es imposible de decidir. El único habilitado para ello es el lector, y en el lector, el ciudadano».¹³ De allí que las coyunturas políticas de los últimos diez años colocan ante el ciudadano/a ante una ciudad cambiante, donde la idea de pertenencia está anclada a la construcción de la memoria colectiva.

Siguiendo a De Certeau, la memoria está hecha de pedazos particulares que solo adquieren realidad al ser evocados y los relatos se construyen en el espacio de la enunciación y se validan por su uso y práctica sociales.

Debido a su carácter subjetivo, entrar en el terreno de la memoria requiere de un enorme y complejo trabajo de indagación. Por ello es pertinente retomar el trabajo de la socióloga argentina Elizabeth Jelin que propone dos modalidades para trabajar con esta categoría. La primera como una herramienta teórico metodológica y, la segunda, como categoría social. En este sentido, la memoria es abordada desde los recuerdos, olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Así sostiene la identidad grupal, en la medida en que está ligada a un sentido de pertenencia y permanencia. «El acontecimiento rememorado o memorable será expresado en una forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia».¹⁴

Desde esta perspectiva, la connotación simbólica de la ciudad es inherente a la praxis social e implica un juego de relaciones sociales que se traducen en elementos discursivos y corresponden a una territorialidad específica. Si bien los mecanismos y lógicas de la vida cotidiana determinan las prácticas y usos, estos pueden ser subvertidos dentro del mismo orden establecido. En ese escenario de indeterminación se libra la batalla simbólica por la definición de un proyecto de sociedad. Desde este lugar de enunciación, los individuos descubren el sentido que se estampa en el acto de apropiación de los espacios y que se traducen en relatos activados por la capacidad de recordar. Según De Certeau, «los lugares son historias fragmentarias y replegadas, pasados robados a la legibilidad por el prójimo, tiempos amontonados que pueden desplegarse pero que están allí más bien como relatos a la espera y que permanecen en estado de jeroglífico».¹⁵

13. Paul Ricoeur, «Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado», en Anne Pérotin-Dumon, dir., *Historizar el pasado vivo en América*, en *Universidad Alberto Hurtado-Centro de Ética*, <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php>. Consultado el 6 de mayo de 2006.

14. Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 27 y 28.

15. M. de Certeau, *La invención...*

Ahora bien, si decimos que la memoria activa los campos discursivos producidos por los objetos materiales, veremos de qué manera esta se actualiza en el individuo.

Volviendo la mirada a Latinoamérica, el sociólogo brasileiro Renato Ortiz,¹⁶ retoma a Halbwachs y sostiene que la memoria colectiva debe encarnarse y materializarse para que los recuerdos trasciendan en el tiempo. De allí la importancia de construir monumentos y estatuas para perennizar en la memoria un hecho o inmortalizar el recuerdo de un personaje ilustre. Sin embargo, el autor considera necesario establecer diferencias entre memoria colectiva y memoria nacional.¹⁷ La primera, sostiene, pertenece al orden de la vivencia. Se refiere a una historia que trasciende los sujetos y no se concreta inmediatamente en sus cotidianidades. En tanto que la memoria nacional pertenece al orden de la ideología; a diferencia de la colectiva esta trasciende las divisiones sociales, puesto que nos pertenece a todos y todas.

Partiendo de estas primeras definiciones, es evidente la importancia que adquiere la memoria en cuanto a los diferentes usos del espacio público, por cuanto los relatos se actualizan en el presente y así reconstruyen los sentidos del pasado.

Lo planteado abre el estudio al campo de las mediaciones sociales vinculadas a las prácticas simbólicas, las tradiciones, las tecnologías, los rituales, y la participación pública.

CIUDAD Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

En el último decenio (1997-2007), como producto de la inestabilidad política del país, que ha concluido con la destitución de mandatarios, en algunos casos, y, su reemplazo en otros, han pasado por el Palacio de Carondelet, siete presidentes y cientos de ministros de las diferentes ramas, con sus respectivos equipos de gobierno. Estas coyunturas políticas han reactivado los procesos de movilización de la ciudadanía, dotando de nuevos sentidos y funciones a los espacios públicos, convertidos en escenarios de movilización y protesta.

Sin embargo, y quizás de manera particular, los lugares en los que se proclaman sus demandas y se visibilizan sus luchas están alejados de los centros de poder (Palacio de Gobierno o Congreso Nacional), y más bien cobra sentido el barrio, la plaza, la tribuna, convirtiéndose en sede de sus luchas que les permite reconocerse y hablar entre sí. En esta perspectiva, el espacio pú-

16. Renato Ortiz, *Modernidad y espacio*, Madrid, Norma, 2000, p. 45.

17. *Ibid.*, p. 17.

blico adquiere otro sentido, puesto que se plantea desde sus protagonistas, los habitantes de una urbe. Se vincula entonces a sus simbologías y a las relaciones sociales que lo componen para abrirse hacia la integración e inclusión.

Así podemos ver cómo se ha transformado el proyecto urbanístico. En los años 90, cuando la ciudad adquiere las características de distrito,¹⁸ el concepto de lugar se reestructura. Con esto, los nuevos esquemas espaciales determinan elementos conceptuales sobre los que se reestructura la memoria colectiva de sus habitantes. Para Marco Córdova, «el esquema de lugar va desapareciendo conforme la ciudad crece, la identidad de los habitantes con respecto a la ciudad pierde fuerza al debilitarse conceptos tales como la cooperación, comunicación, convivencia, entre otros, que dentro de un nivel de distrito son muy difíciles de desarrollar».¹⁹

Sin embargo, las diferentes concreciones físicas determinan las formas de habitar la ciudad. Los individuos establecen puntos de referencia, que de cierta forma les permiten estar en contacto. Estos puntos adquieren un significado para los habitantes porque representan situaciones u objetos que los afectan y, por ello, crean imágenes mentales que son su referente.

Castells se interroga constantemente sobre cómo las personas le devuelven el sentido a la vida y, por ende, al espacio que habitan. Una de sus respuestas está enfocada en las culturas regionales, como el barrio por ejemplo. Mediante la vivencia y apropiación de estos espacios ocurre, al mismo tiempo, un proceso de desterritorialización y reterritorialización, a través de las experiencias culturales, sociales y políticas. Así, los habitantes recuperan su derecho a la asociación y esto les permite definir su vida colectiva. Dichas prácticas, además, posibilitan romper el esquema espacial donde la ciudadanía se expresa cívica y colectivamente.

En este marco, se han escogido dos espacios simbólicos de la ciudad de Quito: la Tribuna del Sur y la Tribuna de los Shyris, lugares que en los últimos diez años han cobrado una fuerza comunicativa inusual, puesto que transformaron su funcionalidad estética y estática, para dar paso a la protesta y la movilización urbanas.

Si bien la confrontación es uno de los marcos de referencia, existen otros componentes que dan cuenta de su forma y contenido. Así, las tribunas del sur y norte de Quito contienen múltiples lenguajes y símbolos que

18. La proyección poblacional del Distrito Metropolitano de Quito (DMQ) señala que para el año 2020 esta alcanzaría a los 2'698.447 habitantes, distribuida de la siguiente manera: 1'907.138 en el área urbana, 564.420 en los valles y 155.368 en las áreas no urbanizables.

19. Marco Córdova. *Quito: imagen urbana, espacio público, memoria e identidad*. Quito, Trama, 2005, p. 57.

atravesan los actos colectivos como las marchas, eventos deportivos, desfiles, concentraciones políticas, etc., que lo transforman en un acto comunicacional.

Como veremos a lo largo de este trabajo, las ciudades modernas son producto y escenario de diversas relaciones sociales. Por ello revisaremos los cambios históricos y sociales de la ciudad de Quito en el período 1997-2007.

CAMBIOS HISTÓRICOS, DEMOGRÁFICOS Y SOCIALES

Desde sus orígenes, las ciudades andinas se establecieron como centro de desarrollo para actividades de tipo económico y social. Nacieron como resultado de las estrategias coloniales de control territorial y administración de las poblaciones indígenas, llegando a convertirse en el centro del capital cultural y simbólico de las naciones.

En 1534, con la Fundación de Quito bajo la norma de cabildos, la ciudad fue organizada bajo un modelo de colonización que más tarde se adaptó a las Leyes de Indias, cuyo rasgo característico fue la diferenciada ocupación espacial de la misma, situación que se mantuvo durante la Colonia y la República, épocas en las que las ciudades no observaron mayores transformaciones.

El investigador ecuatoriano Eduardo Kingman²⁰ sostiene que en Quito, al igual que en otras ciudades latinoamericanas, a lo largo del sistema colonial se conformó un orden social que se expresaba de manera mediada –a través de sus propios códigos– en la organización del espacio. De esta forma «los espacios públicos, al tiempo que eran concebidos como sitios de representación de un orden, en determinadas circunstancias –particularmente durante las ferias– se transformaban en lugares de participación <interclasista>». Sin embargo, como el propio autor afirma, estas transformaciones, aparentemente imperceptibles, transformaron la cotidianidad de sus habitantes.

En el siglo XIX, aunque la ciudad no sobrepasaba los 40.000 habitantes, mantenía buena parte de las relaciones comerciales de las ciudades andinas, situación que se vio reflejada en el régimen de propiedad de la tierra, las relaciones políticas, la vida cotidiana y la cultura, convirtiéndose en el punto de partida de los sistemas de poder y los proyectos de constitución del Estado. Dichos cambios definieron la configuración del territorio y dadas las características geográficas, en las primeras décadas del siglo XIX, la urbe se dispone en un eje longitudinal norte-sur, que conserva hasta la actualidad.

20. Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid, Alianza, citado en Eduardo Kingman Garcés, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940*, Quito, FLACSO Ecuador / Universidad Rovira e Virgili, 2006, p. 187.

Los cambios y transformaciones del conjunto urbano vendrían con el fuerte proceso migratorio hacia las ciudades grandes como Quito y Guayaquil, así como las nuevas condiciones sociales y económicas, que marcaron el crecimiento desarticulado de las urbes. De allí que el siglo XX será determinante en la configuración espacial de la ciudad.

A mediados del siglo pasado, durante la alcaldía de Andrade Marín, se elabora el primer plan regulador urbanístico de la ciudad, llevado a cabo por el arquitecto uruguayo Jones Odriozola. Dicho plan respondía a tres funcionalidades distintas: vivienda, trabajo y recreación. Sin embargo, este proyecto de reordenamiento levantó algunas críticas, puesto que para algunos, el plan no guardaba relación con el carácter y singularidad de la ciudad de Quito.

El eje longitudinal de la urbe determinó el establecimiento de tres zonas bien delimitadas en la imagen urbana: la zona sur, consignada para el progreso industrial, la vivienda obrera y la construcción de un centro cívico y de transportes. La zona centro, para promover acciones de tipo turístico, comercial, cultural y bancario de la ciudad y, la zona norte, proyectada como zona residencial junto a la construcción de un centro deportivo. Sin embargo, como veremos más adelante, en el transcurso del tiempo la asignación de estos espacios cambió radicalmente.

En las décadas siguientes se configuraron nuevos estilos y tendencias en el paisaje urbanístico; no obstante, para los años 50, el país –y sobre todo la Sierra– mantenían fuertes características rurales inherentes al régimen de hacienda, mientras la Costa –principalmente Guayaquil– se expandía gracias a la comercialización del banano.

Así, de manera constante, la ocupación creciente del territorio y el desarrollo del centro histórico de la ciudad, condicionan la morfología de la urbe. En 1967 se elabora un nuevo plan de urbanismo para la ciudad de Quito; sin embargo, la década de los 70, marcada por el boom petrolero, consolida un cambio importante en la planificación del territorio que trasciende el ámbito local. Esta nueva disposición espacial, concordante con una economía solvente, configura el imaginario de los habitantes de la urbe.

Uno de los más importantes y quizás el menos evidente es la autoconcepción que los habitantes de la urbe desarrollan con respecto a la ciudad que les tocó vivir. En torno a ello se desarrolla un imaginario donde no están ausentes las recíprocas concepciones estereotipadas del «otro», así como la interpretación y ubicación de los lugares simbólicos, cuya ocupación y acceso les convierte en verdaderos fetiches.²¹

21. Marcelo Naranjo *et al.*, *Antigua modernidad y memoria del presente. Culturas urbanas e identidad*, Quito, FLACSO Ecuador, 1999, p. 327-336.

A finales de los 80, los centros de comercio más importantes de la urbe marcaban el quehacer de la ciudad: el comercio «popular» asentado en el centro histórico, la modernidad en el sector de la Mariscal Sucre, y el «resto», en los grandes centros comerciales que empezaron a construirse en la zona norte de la capital.

En la década de los 90, con la expansión de la ciudad y la creación de nuevos barrios y centros de comercio, el municipio capitalino propone una nueva concepción del espacio, en el afán de romper con el esquema longitudinal que dividía a la ciudad en dos sectores, visiblemente separados por su geografía. Además, este nuevo plan permitía hacer frente al acelerado crecimiento de la urbe.

Es así que, como lo reseñan urbanistas de la época, la forma de organización en esta década respondía a criterios metropolitanos que, partiendo de la zona central, proyectan cinco radios hacia la periferia, a través de los valles circundantes. Es aquí donde Quito se convierte en distrito metropolitano. No obstante, el centro de la ciudad desarrolla una dinámica propia, ya que en su historia y tradición trasciende las relaciones cotidianas y se convierte en el punto de referencia obligado de los habitantes de la urbe. A esta configuración espacial se suma la construcción de la Virgen del Panecillo que suscita un amplio interés entre los habitantes. La Virgen de Legarda –que «siempre mira al norte»– constituye también un elemento de orientación y punto de referencia dentro de la ciudad.

Al tener como punto de articulación el centro histórico, la ciudad se polariza entre el norte y el sur. Dos «ciudades» diametralmente diferentes, cuya identidad y memoria histórica convergen en luchas de poder y sentido donde, aparentemente, no caben puntos de referencia e identidad. El «centro», que funciona como eje articulador, se define eminentemente como el espacio para el trámite ciudadano y el comercio, además de tener enorme trascendencia simbólica e histórica para sus habitantes. Sin embargo, también este punto genera discusiones:

El problema en la ciudad de Quito, en sí, no constituye la ruptura física que se produce entre el centro histórico y las zonas norte y sur como consecuencia de la presencia de quebradas y de una pronunciada topografía, sino ante todo, el planteamiento hasta cierto punto forzado con el cual se ha resuelto la composición espacial en los puntos críticos de inflexión.²²

22. *Ibid.*, p. 29.

Cabe destacar, además, que durante el siglo XX –sobre todo a inicios de los años 60–, se inicia en el centro histórico un proceso de transformación del uso del suelo, lo que determina la «tugurización» del sector. Este hecho produjo la descentralización de las actividades del centro histórico hacia La Mariscal, lo que –a partir de este momento– confiere a la zona características comerciales y bancarias que la distinguen hasta la actualidad. Por el contrario, el sur de la ciudad, que en principio fue pensado como zona industrial, empezó a crecer de forma caótica, sin ningún plan que regule y organice su territorio. Esta situación ha cambiado considerablemente en los últimos años.

Si bien es evidente la discontinuidad y segregación espacial al interior de la ciudad, son las relaciones políticas y socioculturales las que han generado, durante la última década, un proceso de reterritorialización del espacio, donde los ciudadanos y ciudadanas buscan formas de integración y participación en la problemática de su ciudad y del país. Así, las zonas del norte, centro y sur de la capital establecen marcos de sociabilidad mediante la apropiación de sus espacios.

En este sentido, las plazas y parques como lugares públicos por excelencia, cumplen el papel de satisfacer las necesidades urbanas colectivas que trascienden los límites individuales. Además, como veremos luego, en el espacio público se instala una suerte de polifonía de visiones del mundo.

PLAZAS, PARQUES Y TRIBUNAS: LUGARES PARA LA SOCIALIZACIÓN

El orden de análisis responde a la conformación de los espacios públicos en la historia de la ciudad, por lo que se inicia con la Plaza de Santo Domingo. Los relatos de los historiadores y viajeros de Quito describen la plaza como parte esencial de la morfología urbana. «La plaza era realmente el patio de una gran casa: la ciudad».²³

Varios historiadores coinciden en que, desde sus orígenes, Quito se caracterizó por un importante sistema de plazas, enlazadas por sus calles aledañas, configurando el damero y la estructura urbana de la ciudad. Este espacio público plasmaba las relaciones sociales de la urbe. La ciudad se definió a partir del trazado de la Plaza Mayor –hoy Plaza de la Independencia–, seguida por las plazas de San Francisco, Santo Domingo y La Merced, dispuestas jerárquicamente e integradas a la estructura de la ciudad por las respectivas calles, sobre las que se alzaban los solares privados.

23. Miguel Rojas Mix. *La Plaza Mayor*, Barcelona, Muchnik, 1978, p. 123.

La Plaza de Santo Domingo,²⁴ plaza original de la ciudad española del siglo XVI junto con la de San Francisco y la Plaza Grande, fueron el antiguo centro de los tratantes, paso obligado de comerciantes y cargueros, lugar de comercio de herreros, cordeleros, atalajes, y espacio de esparcimiento a lo largo de la Loma Grande. Santo Domingo fue construida en 1894, pero en el transcurso de su historia ha sufrido múltiples cambios. Inicialmente se llamó Plaza Diego de Torres, en honor a un acaudalado conquistador residente del sector por largo tiempo.

Los estudios de Fernando Jurado Noboa afirman que «Santo Domingo actual habría sido la plaza de Guamán Pata, es decir, la plaza de los soldados».²⁵

Como lo revelan los estudios de F. Jurado Noboa, las actividades económicas más significativas se registran hasta el siglo XIX. Se destaca un importante crecimiento comercial, puesto que en la zona circundante a la plaza existían alrededor de 25 negocios de bebidas y comestibles.

Durante muchos años la plaza fue de tierra, hasta que en 1892 fue readeuada para recibir la estatua del mariscal Antonio José de Sucre, trabajos que se concretaron luego de cinco años de ardua gestión. La escultura labrada en bronce, de 2,9 metros de altura, fue inaugurada el 10 de agosto de 1892, durante la presidencia de Luis Cordero. En el acto oficial de inauguración, hubo desfiles de carros alegóricos y juegos pirotécnicos. Debido a la presencia de la estatua del Mariscal Sucre, hubo intentos de cambiar de nombre a la plaza, propuesta que finalmente no progresó.

La antigua casa de Gabriel García Moreno, junto a la estatua del Mariscal Sucre son parte del conjunto urbanístico de Santo Domingo. Algunos residentes del sector, que aún sobreviven, recuerdan que el entonces Presidente compró un solar en la esquina de la plaza, donde vivió pocos meses antes de su muerte.

En el siglo XIX, en pleno proceso de construcción nacional, las innovaciones arquitectónicas guardaban una estrecha relación con las distinciones de tipo social de la época. Así, las plazas y calles²⁶ cambiaron de identidad

24. Para ver la ubicación de la Plaza de Santo Domingo con respecto al centro histórico, véase anexo 2.

25. Fernando Jurado Noboa, *Calles, casas y gente del Centro Histórico de Quito. Historia de las plazas artísticas de la ciudad: Santo Domingo*, t. X, Quito, Instituto Metropolitano de Patrimonio, 2011, p. 21.

26. Los estudios de Fernando Carrión establecen que los nombres de las calles de Quito responden a tres momentos de su historia. En un principio los nombres respondieron a su funcionalidad o a la presencia de accidentes geográficos, como la calle de la Quebrada o la calle del Sastre. Más tarde tomaron el nombre de las conmemoraciones cívicas o históricas (Plaza de la Independencia, Plaza del Teatro, entre otras); y en la actualidad, las calles de la ciudad tienden a ser identificadas con una nomenclatura numérica, Fernando Carrión, *La ciudad, escenario de la comunicación*, Quito, FLACSO Ecuador, 1999, p. 72.

y tomaron los nombres de hechos significativos de la historia nacional o de personajes ilustres. Años atrás, la identificación del entorno físico suponía un reflejo del imaginario social de sus habitantes. Así también los moradores no solo se reconocían por el nombre, sino también por la calle en donde residían.

Por citar algunos ejemplos, la antigua calle de Los Plateros, hoy conocida como la calle Venezuela, fue conocida antiguamente por la comercialización de joyas. Al pie del Palacio de Carondelet cruza la calle García Moreno, que adopta este nombre luego del asesinato del expresidente. Antes de este hecho se la conocía como la calle de las Siete Cruces, debido a que sobre ella se levantan siete iglesias, cada una de ellas con su respectiva cruz. En Semana Santa, esta vía es una de las más visitadas tanto por su simbología como por el rito religioso que demanda visitar siete templos. En suma, calles marcadas por su uso y cotidianidad.

En este contexto, la antigua Plaza de los Tratantes no escapó a estos cambios arquitectónicos. Finalmente fue bautizada como Plaza de Santo Domingo, luego de la llegada de los padres dominicos en 1542; sin embargo, los habitantes conservarían su antiguo nombre hasta varios años después. Según afirma Fernando Jurado, esta situación se debió a que en esta plaza convergían comerciantes que llegaban desde Guayaquil y Perú con productos que se vendían en pequeños locales comerciales instalados a lo largo de la calle Guayaquil, llamada, «calle del Comercio Bajo», por el tipo y calidad de sus productos.

La comida tradicional también definió momentos importantes en la cotidianidad de los habitantes de este sector. Al atravesar la Plaza de Santo Domingo se encuentra la calle de Los Agachados (actual calle Bolívar). Según los moradores, a lo largo de esta vía se ubicaban numerosos puestos de comidas conocidos como «los agachaditos».

Desde sus inicios, la actividad comercial transformó la vida de esta plaza. La apertura de la carretera de Riobamba, durante la presidencia de García Moreno, la llegada del ferrocarril a Chimbacalle, la creación de tranvías en las primeras décadas del siglo XX, así como la presencia de vehículos cada vez más numerosa en la capital, convirtieron esta plaza en un importante nudo de circulación.

Por esta razón, en 1956 la estatua de Sucre fue disminuida en su tamaño y en los alrededores se levantó una fuente de piedra donde fueron colocados los restos de bronce de la imagen del Mariscal. Con estas readecuaciones, el sentido de la plaza central se transformó y en su lugar fueron construidas viseras para las paradas de autobuses.

Más de dos décadas después, en 1977, el Municipio de Quito decidió restaurar la Plaza de Santo Domingo y, con ello, su entorno, pero no sería sino hasta 1992 que el proyecto se ejecutó con apoyo de la cooperación española.

La propuesta consideró el eje compositivo en diagonal que une las esquinas sur y norte, sobre las que se erige la estatua del Mariscal Sucre, que sería trasladado del lugar en varias ocasiones. Cabe anotar que debido a la pendiente del terreno, la plaza tiene una ligera inclinación que le otorga una riqueza particular al entorno.

A diferencia de otros proyectos arquitectónicos, este plan puso énfasis en el ciudadano. Para ello, dispuso la circulación vehicular en tres de sus lados, destinando el cuarto para la fachada de la iglesia y el convento. El tradicional barrio de la Loma Grande, ubicado al sudeste del centro histórico, acoge este espacio dedicado a la oración. Los dominicos obtuvieron el cabildo en 1541 y, 20 años más tarde, se inició, de forma provisional, la construcción de la iglesia y el claustro, puesto que recién en 1580 se inició la construcción definitiva.²⁷

TRIBUNAS: ESCENARIOS DE LA FIESTA Y LA POLÍTICA

Las tribunas, tal como las conocemos hoy día, han sufrido algunos cambios a lo largo del tiempo. Aunque su origen se disputa entre griegos y romanos, estos antiguos espacios públicos reflejan un poco de cada una de dichas culturas. Como sabemos, para ambas civilizaciones, la ciudad constituía el escenario fundamental de la vida, pues en ella se desarrollaba la vida pública y política. Por ello, la arquitectura urbana constituía su forma de expresión más importante.

Los antiguos coliseos y teatros, destinados a eventos deportivos y reuniones sociales y políticas, privilegiaban las actividades humanas al aire libre, donde se concentraba gran cantidad de personas. Sin embargo, a pesar de que estos espacios presuponían un ambiente de libertad, sin más escenario que la naturaleza, este tipo de arquitectura representaba también un orden jerárquico que definía claramente las castas sociales. Así, el ágora y el foro operaron como espacios de «poder disciplinario» dentro de la cultura grecoromana.

En este contexto las tribunas fueron, por excelencia, el lugar elegido para los grandes oradores de la Antigüedad, sobre todo por la disposición de su estructura, desde donde podían apreciar al público y presenciar actos públicos de diversa índole.

A lo largo de la historia, estos modelos arquitectónicos, provenientes de la Antigüedad, fueron incorporados al paisaje urbanístico de muchas ciudades en el mundo y Quito no fue la excepción. En este marco, la construcción de las tribunas siguió un modelo de construcción que favorecía la participación

27. F. Jurado, *op. cit.*

y concentración de personas en espacios públicos abiertos, con una amplia visibilidad.

La primera en construirse fue la Tribuna de los Shyris²⁸ dentro del área verde del Parque de La Carolina. Según consta en la Guía Arquitectónica de Quito, elaborada por Alfonso Ortiz Crespo,²⁹ el parque debe su nombre a una antigua hacienda colonial que ocupaba parte de lo que fuera la laguna de Ñaquito.

La inclusión de los parques como elemento morfológico de la urbe consta en el Plan Regulador de la ciudad de 1942. El proyecto original de Odriozolla contemplaba la construcción de espacios deportivos, canchas, hipódromo, estadio y hasta una piscina olímpica. No obstante tuvieron que pasar más de dos décadas para que La Carolina forme parte del conjunto de áreas y escenarios deportivos incorporados al Programa Parques Populares, donde se redefine la funcionalidad de este espacio verde.

Para la década del 60 existía en el conjunto de la ciudad un marcado déficit de áreas verdes, por lo que se plantea el Plan de Desarrollo de Áreas Recreativas que incluía varios lugares de concentración, entre ellos, La Carolina. Aunque el plan de la administración municipal contemplaba varias zonas recreativas, este fue uno de los primeros en equiparse dentro de la urbe.

El parque, enmarcado por las Avenidas de los Shyris, Eloy Alfaro, Amazonas y Naciones Unidas, es una de las áreas verdes urbanas más grande del distrito, con 67 hectáreas de terreno. Para su construcción se debió reducir el espacio del Centro de Exposiciones Quito y se instalaron otras edificaciones, entre ellas el Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales y el Club de Jardinería de Quito.

Formalmente existe una configuración espacial definida que comprende áreas recreativas, deportivas y de paseo, desde la concepción de un gran espacio verde, recreado como una zona «rural», a manera de representación artificial del campo. Así, al cruzar el parque en horas de la mañana, cualquier ciudadano puede encontrarse con un caballo, en medio de los ruidos de la naturaleza y los frondosos árboles, para luego salir a la Avenida Amazonas donde la contaminación y los ruidos le devuelven drásticamente al paisaje urbano.

La presencia de parques y jardines en las ciudades constituye la referencia necesaria para situarnos y percibir la realidad urbana en una suerte de dicotomía entre el espacio natural y el artificial. «El campo (dentro de una lógica geográfica), que siempre estuvo localizado fuera de las ciudades, ha

28. Para detalles de la ubicación de la Tribuna de los Shyris, véase anexo 3.

29. Alfonso Ortiz Crespo, *Arquitectura ecuatoriana. Tipologías, tendencias. Edificios y espacios urbanos*, vol. 2, Quito, Trama, 2004, p. 439.

sido recreado hacia el interior de las mismas a medida que los procesos de urbanización cubrían las zonas rurales». ³⁰

Dentro de este proceso, a mediados de los 70, se incorporó la Tribuna de los Shyris, como parte de las instalaciones para eventos cívicos de la capital. En los primeros años de funcionamiento, fue utilizada para desfiles cívicos y militares en fechas conmemorativas de la historia nacional.

En esta década, se pone de manifiesto la intención de vincular el objeto arquitectónico al entorno, con lo cual la incorporación de nuevos espacios públicos tuvo como elemento característico el hormigón, que fue utilizado en varias construcciones de la época, ³¹ así, la Tribuna de los Shyris, cuya longitud es de 80 metros, fue construida sobre la base de este material, en la presidencia del general Guillermo Rodríguez Lara quien, se dice, entregó este espacio público para eventos conmemorativos del Ejército ecuatoriano.

A lo largo su historia, los usos de esta tribuna han sido múltiples. Sin un orden específico, este es un primer acercamiento hacia el objeto de estudio, donde los acontecimientos surgen a manera de relatos en diversas voces.

En el amplio espacio que ocupa el parque La Carolina se han realizado eventos de gran significación para los habitantes de la urbe. Uno de los más recordados es la llegada del papa Juan Pablo II en enero de 1985. En la zona del antiguo hipódromo se llevó a cabo la mayor concentración humana de la historia del parque, cuando más de 100.000 personas asistieron a la misa celebrada por el Sumo Pontífice, en cuyo homenaje se levantó una cruz de cemento armado, a la que se conoce como la «Cruz del Papa».

La llegada del papa tuvo amplia cobertura en los medios de comunicación. Los periódicos de la época resaltaron la presencia masiva de jóvenes en los escenarios dispuestos para su recibimiento. Según da cuenta el diario *El Comercio*, «la voz del Papa fue escuchada con unción y alegría por los jóvenes en el Estadio, y por el pueblo en La Carolina». ³²

Con el paso de los años, la Cruz del Papa se convirtió en el punto de referencia para los capitalinos madrugadores, deportistas entusiastas, corredores y pugilistas en entrenamiento, amantes del ejercicio, entre otros, que se desplazan y entremezclan, en medio de las ventas ambulantes y la policía a caballo.

En la Avenida de los Shyris se cuentan otras historias de la gente a pie, en bus o bicicleta. La tribuna, ubicada en esta importante arteria de la ciudad, fue adquiriendo otros sentidos. Construida en plena dictadura militar, ³³ fue

30. *Ibid.*, p. 49.

31. En la década del 70 se construyeron importantes edificios de altura que fueron los primeros en levantarse en la capital. Entre ellos constan: el edificio de la Corporación Financiera Nacional, la Filantrópica, el Edificio Artigas, el Palacio Municipal, la Alianza Francesa, entre otros.

32. *El Comercio*, Quito, 31 de enero de 1985, portada y p. 1-4.

33. *El Comercio*, Quito, 15 de octubre de 2006, cuaderno 2, p. 24.

siempre un espacio reservado para los militares y sus desfiles cívicos, con la correspondiente jerarquía militar que ellos ameritaban. Sin embargo, casi una década después, este fue el escenario para el Desfile de la Confraternidad en las fiestas conmemorativas a la fundación de la ciudad, en el que, desde luego, participan autoridades civiles y militares.

Con las Fiestas de Quito llegaron otros eventos festivos, como la primera participación de Ecuador en un mundial de fútbol. El espacio escogido para la fiesta fue la Tribuna de los Shyris que, a más de ser un amplio espacio de concentración, constituye una especie de vitrina donde se expone el lado festivo de la capital. Los hinchas de la tricolor, coreando el clásico *¡Oh, Oh, Oh, Ecuador siempre primero!* son imágenes de la pasión del fútbol en la ciudad.

De otro lado están las coyunturas políticas. Esta vez, la tribuna recibe a los marchantes y opositores del Gobierno de turno. El ciudadano ocupa las escalinatas sin un orden específico, mientras sigue el recorrido de las banderas y pancartas respectivas. Pasan las horas y el ambiente comienza a decaer, el cansancio hace que algunos desistan. Sin embargo, la protesta baja de tono solamente cuando las demandas han sido acogidas, aunque claro, esa no es la regla.

Cambio de escenario. En tiempo de las campañas electorales, los candidatos y sus partidos políticos convierten a la tribuna en recinto de *feria* electoral, donde se «truequean» votos con pitos, promesas, pancartas y es también espacio propicio para el ocio, el esparcimiento, el punto de encuentro de jóvenes parejas, o simplemente —y en las horas pico— en parada improvisada de buses y hervidero de gente que pugna por no atrasarse a colegios y trabajos, o se dispone ya recogerse en sus hogares.

A finales del año 2008, la Alcaldía de Quito, en ese entonces dirigida por el general Paco Moncayo, tenía previsto un plan de rehabilitación del parque, que pretendía convertir la tribuna en un escenario desmontable a lo largo de la Avenida de los Shyris. En la actualidad, la Tribuna de los Shyris continúa en el mismo sitio, sin plan de rehabilitación alguno.

Dentro de este proyecto de reestructuración del espacio público consta también la Tribuna del Sur,³⁴ ubicada en la Avenida Teniente Hugo Ortiz. Nuestro segundo elemento de análisis fue construido a finales del año 2001, cuando el concejo capitalino liderado por el alcalde Paco Moncayo, decide construir un espacio abierto para los habitantes del sur, en el marco de las fiestas conmemorativas de la fundación de la ciudad.

La Tribuna del Sur tiene una longitud de 75 metros por 12 de ancho, con capacidad para albergar 1.000 personas sentadas, con doble acceso a los graderíos. A diferencia de la Tribuna de los Shyris, esta consta de dos plantas

34. Para detalles de la ubicación de la Tribuna del Sur, véase anexo 4.

diferenciadas: en la parte alta, un palco y una sala de uso múltiple, destinados a las autoridades municipales. Esta área cuenta con un ingreso independiente. En tanto que la planta baja en la Avenida Teniente Hugo Ortiz convive con el ajeteo del barrio, el ruido de los automóviles, lugar de encuentro con los vecinos, donde la calle se pone festiva.

La tribuna está ubicada en el corazón de la ciudadela Atahualpa, junto a la liga barrial. Sin una programación especial, muchos habitantes del sector utilizan sus escalinatas, protegidas con una gran cubierta, para esperar una cita, alistar el equipo para un partido de fútbol o simplemente guarecerse del sol o la lluvia.

Aunque de reciente construcción, la tribuna se ha convertido en uno de los elementos de identidad del sector. Históricamente el sur no ha contado con mayores factores urbanísticos que constituyan un emblema dentro de su imaginario. De hecho, para algunos de sus habitantes, el sur continúa creciendo y viviendo «a espaldas» de la Virgen del Panecillo, referente arquitectónico de la ciudad. No obstante, la propia construcción de dichos imaginarios les permite definir sus propias centralidades y periferias, en una dinámica constante. Al respecto cabe mencionar el antiguo camal de la ciudad, hoy conocido como Centro Comercial Chiriyacu, es reconocido por sus habitantes como un espacio de centralidad.

En este contexto, la imagen urbana del sur de la ciudad posee una dinámica propia. En cierta forma, sus habitantes mantienen una relación más directa con los espacios públicos, en la medida en que ellos son responsables y partícipes de la conservación de su entorno. La realización de actos masivos, e incluso las concentraciones políticas, forman parte de un consenso entre la Administración Sur Eloy Alfaro y los moradores de la zona, lo que transforma la relación del habitante con su entorno. La cotidianidad en este espacio público es diferente.

La Tribuna del Sur fue pensada para articular las relaciones entre los barrios del sur y del norte, pero nada más que para eventos festivos y conmemorativos propios de la ciudad; no obstante, los usos que los habitantes la han dado, abarcan diversos y múltiples campos.

En ese espacio entre la ciudad imaginada y la ciudad real, los habitantes de la urbe crean relaciones de sentido y se acrecienta la ciudad como espacio de temporalidades y escenarios marcados para el encuentro. Son lugares que crean identidades y formas de comunicación, cuyas prácticas trascienden la historia de la ciudad.

A manera de síntesis, se puede afirmar que Quito está dividida en tres zonas delimitadas básicamente por su geografía, contrastes arquitectónicos y rasgos culturales. En el sector sur conviven los habitantes de clase media y trabajadores, donde el barrio es el eje de la vida. El centro histórico, da cobijo

al legado colonial y artístico, religioso y cultural; y el sector norte, con grandes y modernas estructuras urbanas, alberga a la institucionalidad pública, la banca y los grandes comercios.

En esta lógica, la vida cotidiana determina ciertos usos y prácticas en los espacios públicos, que pueden ser subvertidos dentro del mismo orden. Los cambios en el entorno, así como la apropiación y reapropiación de los lugares, permiten a los individuos construir otras memorias superpuestas. Como hemos visto, los lugares escogidos para este estudio (tribunas del Sur y de los Shyris y Plaza de Santo Domingo) observan diferencias entre sí, determinadas por sus luchas históricas o condiciones de clase y son expresión de las muchas *ciudades* que cohabitan Quito.

CAPÍTULO II

Ciudad trashumante

LA CIUDAD CERCADA Y GLOBALIZADA

*Despiertas casi cadáver cuando el reloj
lo ordena, el día no te espera, hay tanto ca-
pataz que mide el milímetro del centavo que
se atrasa por ti, bebes el café que te quedó
de ayer y sales consuetudinario prohibido
curvar a la izquierda y casi prohibido pisar
el césped y pisas el césped porque ibas a
caerte, luego avanzas, ciudadano y dura-
ble, prohibido cruzar sin saber por qué
lado ir ni para qué prohibido estacionarse
porque no puedes parar la maquinaria in-
fatigable con tu dedo solo porque te entró
una astilla en el alma, obedezca al policía
así es más fácil, saluda, dí que sí, que
bueno prohibido hablar con el conductor y
quitándole dócilmente el sombrero estupe-
facto póngase en la cola anuncia tu hereje
necesidad de trabajar en lo que fuese no
hay vacantes, tal vez el año próximo por la
tarde, pero no te dejes dejar para mañana
lo que puedes morir hoy y aguantas y volv-
erás cuanto te llamen prohibido.¹*

Jorge Enrique Adoum

Adoum da cuenta de una urbe organizada y delimitada desde la cotidia-
nidad, la rutina y el control, donde los individuos son máquinas funcionales y

1. Jorge Enrique Adoum, *Antología. Ni están todos lo que son*, Quito, Eskéletra, 1999, p. 105. Jorge Enrique Adoum es uno de los mejores poetas y narradores ecuatorianos. Su poesía figura en más de 30 antologías internacionales, en varios idiomas (castellano, inglés, francés italiano y griego).

dóciles al sistema. En la estructura de sus líneas se perfila un hombre cercado por una gran ciudad, cubierta de grandes edificios, avenidas, calles, parques y oficinas. Una ciudad degradada y prohibitiva. El control que convierte en relatos la resignación, el miedo y el silencio. Una ciudad que se revela en una serie de dispositivos que regulan la relación de poderes con la ciudadanía. *Prohibido curvar a la izquierda, Prohibido pisar el césped, Prohibido estacionarse...*, dice Jorge Enrique Adoum en su poema «Prohibido fijar carteles».

Entre el asombro y el sarcasmo, el poeta advierte una condición heroica en la vida del hombre de ciudad... *Prolóngate durmiendo para que vuelvas a amanecer, heroico de puro testarudo, a leer las nuevas instrucciones para hoy como un estado de sitio*, dice el poeta. Para Adoum, la modernidad exige de lo cotidiano ya no la vivencia sino la sobrevivencia del tiempo, donde la velocidad y la inmediatez constituyen factores para el progreso. Tanto en su contenido como en su forma literaria, Adoum describe el entorno urbano desde la individualidad sobrecogida por los acontecimientos, las multitudes y el bullicio de las capitales.

En el siglo XIX, Walter Benjamin² reflexionaba sobre la sociedad moderna, donde la estructura económicosocial había modificado las relaciones entre los individuos, por las cuales, la organización del trabajo y de la vida privada, el tiempo libre, el accionar social sistematizado, se convierten en herramientas del sistema, que rompen con las relaciones sociales. Desde la mirada del *flaneur*, Benjamin afirmaba que el héroe es el verdadero sujeto de la modernidad inmerso en los pasajes de la urbe como grandes vitrinas del comercio, fenómeno de la era industrial, entre el apogeo del comercio textil y el inicio de las construcciones de hierro en Europa.

Con el desarrollo del capitalismo, el crecimiento y evolución de algunas ciudades latinoamericanas perdieron de vista, la importancia de los espacios públicos como lugar de encuentro y civilidad y, por tanto, como sistema de lugares significativos que denotan heterogeneidad.

Desde esta mirada Jesús Martín Barbero,³ en sus estudios sobre la urbe latinoamericana, toma como referencia el nuevo escenario de la modernidad pensando en sus formas de habitarla, padecerla y resistirla. Para el investigador de origen español, las ciudades atienden a un proceso de desespacialización, descentramiento y desurbanización. Es decir, el espacio urbano equivale a producción y consumo y su ordenamiento prioriza las avenidas rectas y diagonales en lugar de los espacios abiertos que posibilitan la aglomeración y el encuentro. Por último, la desurbanización alude a una ciudad que ha perdido

2. Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo*, Madrid, Taurus, 1991, p. 29-83.

3. Jesús Martín Barbero, *Al sur de la modernidad. Comunicación, globalización y multiculturalidad*, Pittsburgh, Nuevo Siglo, 2001, p. 100-125.

su civilidad y usos en la forma de encontrarse con los otros y las otras. Es lo que Barbero denomina la ciudad estallada y descentrada. Las contradicciones de la urbanización que afectan los modos de estar juntos, en una modernidad identificada con la inmediatez y los flujos informativos.

La crisis de la modernidad y/o posmodernidad genera múltiples debates, algunos de ellos centrados en los cambios y transformaciones de la economía mundial globalizada que afectan a las urbes y a su conjunto humano. En esta línea trabaja Zygmunt Bauman, quien sostiene que dichos procesos conllevan una mayor exclusión y segregación espacial. Según esto, en el mundo actual asistimos a la pérdida del espacio público y la producción de significados, de contenidos y de valores. El proceso de modernización organiza los espacios de acuerdo con su funcionalidad, y guarda relación con los territorios domesticados por las actividades cotidianas. De allí que el territorio urbano se convierte «en el campo de batalla de una guerra continua por el espacio».⁴

Afirma que la legibilidad y la transparencia del espacio fueron consideradas en los tiempos modernos como señales del orden racional, no fueron invenciones modernas. En todo tiempo y lugar fueron las condiciones indispensables para la convivencia humana, puesto que ofrecían el mínimo de certeza, sin la cual la vida cotidiana era poco menos que inconcebible. La pérdida de esto conlleva una mayor inseguridad e incertidumbre entre los individuos. Los muros que antes rodeaban la ciudad ahora la cruzan y se entrecruzan en varias direcciones, sostiene Bauman. Por ello, los vecindarios son cercados con mayor frecuencia, los espacios públicos son rigurosamente vigilados y el acceso colectivo se restringe. Todos ellos son recursos empleados contra el conciudadano, concluye.

Según estos planteamientos, la modernidad y la globalización fueron el camino ineluctable para el deterioro de la urbe y las relaciones de bienestar y socialidad. La brecha entre la ciudad disciplinada, ordenada y aséptica y la ciudad vivida, incluyente y dinámica sin duda genera conflictos. Ciertamente es el reducto para sostener un distanciamiento entre la urbe y sus habitantes. Con ello se afianza una lógica productivista y mercantil, que limita los espacios.

No obstante, frente a estos procesos excluyentes existe la necesidad de restablecer la continuidad. Las actuales teorías comunicativas, que desplazaron las concepciones tradicionales, han introducido nuevos conceptos para la práctica de este acto de interacción. Esto demanda una nueva sensibilidad, un nuevo modo de conocer y percibir el mundo, así como el rompimiento con las formas cotidianas de ver, oír, sentir y comprender las cosas.

4. Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 33-35.

El espacio público es por excelencia el lugar de las relaciones sociales, los intercambios culturales, los ritos y las celebraciones. Por ello, revisar su historia implica recordar cómo estos forjaron una cultura ciudadana a través de procesos de ocupación, organización y defensa. Es en este camino donde se construyen y reconstruyen como lugares cargados de simbolismos, que representan luchas por la existencia y dignidad propias en el devenir de la historia humana.

En el caso de Quito, las formas de habitar la ciudad responden a una nueva lógica de reencontrarnos frente a esos mismos lugares que generan miedos e incertidumbres. En esta línea, Fernando Carrión propone entender los espacios desde una doble interrelación: por un lado, desde su condición urbana y su relación con la ciudad y, por otro, desde su cualidad histórica porque cambia con el tiempo, así como lo hace su articulación funcional. Es decir, comprender su condición histórica para observar sus cambios, lo cual comporta que los espacios públicos cambian por su cuenta y se transforman en relación con la ciudad.⁵

Desde aquí, nos interesa recuperar la condición celebratoria de la ciudad como elemento fundamental para la organización de la vida colectiva. Su análisis no se agota en el estudio del espacio, puesto que está estructurado por actores sociales históricamente situados y estructurados por ella. Una doble condición que permite acercarnos a través de sus construcciones simbólicas. Este rasgo festivo es precisamente el lazo que une relatos, costumbres y modos de habitar un espacio como elementos constitutivos de la riqueza de la vida urbana, en tanto estrategias de representación de los imaginarios sociales.

LA CIUDAD: LABORATORIO DEL GOCE⁶

A fines de la Edad Media y el Renacimiento, las plazas públicas constituían un mundo único e integral basado en un ambiente de familiaridad como punto de convergencia de lo extraoficial; el sitio donde el pueblo tenía la palabra y la libertad para expresarse mediante el trato libre y la comunicación abierta. Al ser una expresión pública rompe con el ritmo cotidiano y se instala en el escenario de lo efímero, para articular formas de expresión dentro de una realidad transformada donde el orden es trastocado. Desde la Antigüedad, los espacios de celebración tomaron un área definida, al que se le atribuían

5. F. Carrión, *op. cit.*

6. El término pertenece a Omar Rincón.

otras funciones para transformarse, durante los días de fiesta, en lugar para el espectáculo.

En el siglo XVI, Mijaíl Bajtín⁷ a través de la fiesta y el carnaval, aportaba con sus definiciones sobre la cultura del Medioevo. Dichas dimensiones estuvieron ligadas en todas sus fases históricas a las crisis, así como en la vida de la naturaleza, de la sociedad y del hombre; y aspectos como la muerte, la resurrección, las sucesiones y la renovación, constituyeron su esencia.

La fiesta traduce simbólicamente sus relaciones políticas y sociales desde diferentes lenguajes: la confección de la fiesta, construcción de personajes, el uso de máscaras y demás artefactos, música o danza, representan la expresión de las necesidades lúdicas del ser humano, elementos que se convierten en válvula de escape de la monotonía cotidiana, puesto que, como en toda sociedad políticamente organizada, la fiesta guarda relación con una visión del poder.

Así lo explica Roger Chartier, para quien la fiesta es una de las formas sociales donde se puede observar la resistencia popular, la observancia de las normas y la forma en que los modelos culturales dominantes afectan a los comportamientos de la mayoría. Es decir, la fiesta se instala entre la expresión de una cultura tradicional compartida y el proyecto pedagógico de la cultura dominante. Desde esta gramática simbólica, explica Chartier, la fiesta permite entenderlo todo.⁸

Sin embargo, al ser un espacio jerarquizado donde interactúan los grupos sociales, la plaza pública se convierte en un espacio reglamentado y controlado. Las relaciones que allí se tejen se despliegan a través del lenguaje e imágenes que revelan una arquitectura del poder y, por tanto, un instrumento útil para la demostración de su prestigio social. Así, la ciudad se transforma en un espacio teatral donde las actuaciones de los personajes giran alrededor del monarca que preside la fiesta. Una costumbre que ha sido heredada en la actualidad a través de elementos simbólicos que guardan relación con la celebración de fiestas y rituales.

Desde la recuperación histórica que hace Bajtín, vemos que la plaza, el mercado, las calles, están hechas para el encuentro, para el gozo, para el descanso, para ventilar las experiencias y visibilizar los deseos. Las manifestaciones en la plaza constituyen un signo político de gran trascendencia ya que ponen en juego dos ámbitos: el de los ciudadanos y las instituciones, sean estas religiosas, políticas, económicas, sociales o culturales, que regulan y controlan

7. Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1999, p. 10-17.

8. Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México DF, Instituto Mora, 1987, p. 19-36.

la vida social; es decir, media entre los individuos y la sociedad. Su configuración es histórica y ha respondido desde siempre a las estructuras y modalidades del poder.

La *civitas* como lugar productor de ciudadanía y lugar de ejercicio de la misma, define al ciudadano y ciudadana, y reconoce los derechos para todos quienes habitan una misma continuidad física. De allí que el espacio público es un mecanismo fundamental para la socialización de la vida urbana. La negación de ese espacio nos confina al aislamiento y la inseguridad. En cambio, los usos y las prácticas definen la diversidad y el respeto, y producen intercambios que construyen la ciudadanía.

De allí el interés en sus formas discursivas y relatos que permiten vivir la de acuerdo con otras lógicas de asociación y encuentro. En otras palabras, estudiarla desde sus heterogeneidades, aprovechando y viviendo sus espacios desde los múltiples encuentros (la fiesta, el fútbol, los ciclo paseos, las caminatas, los parques, los transportes, las nuevas rutas). En este camino transitan autores como Rossana Reguillo y Jesús Martín Barbero,

Omar Rincón y Eduardo Gutiérrez, entre otros, han trabajado un proyecto de ciudad entre los miedos y los goces reconocidos en el intercambio y la producción de significados de los sujetos. Esta corriente de investigación propone, de alguna forma, llenar la urbe de significados, por medio de narrativas que la reconstruyan entre sus miedos y fugas.

Desde este punto de vista es necesario entender cómo el/la habitante viven e imaginan su entorno; dónde y cómo estas percepciones se transforman, producto de los cambios de la urbe, puesto que cada quien desarrolla una imagen propia de la ciudad, de acuerdo con los procesos perceptivos individuales, así como de la información que tiene de esta. Por ello, la imagen urbana colectiva constituye la suma de diversas individualidades que actúan dentro del tejido urbano. Esta apropiación del entorno le permite adoptar prácticas territoriales particulares, conforme a sus condiciones socioculturales e históricas y, de este modo, construir sus propias representaciones simbólicas con respecto a la ciudad que habita.

Los goces interesan en tanto marca de narración, como disfrute estético, desde sus múltiples movimientos y su caos de sentimientos. Pensar la ciudad desde el goce, dice Rincón, es recordar que las ciudades se hacen en su uso, revalorizando la experiencia y ampliando sus disfrutes.

Las ciudades en su vitalidad, desorden y goce diario son el laboratorio de posibles prácticas para descubrir nuevas posibilidades políticas. Un laboratorio con humor, espontaneidad, ironía; una experimentación del imaginar de nuevo, del reírse de la moral adulta, de la verdad transmitida, de la seriedad pregonada. Las ciudades como laboratorios del goce nos dicen que son posibles otras for-

mas de la vida urbana, unas más cercanas a las necesidades de cada sujeto, unas que apuestan por vivir afectiva y pasionalmente la ciudad.⁹

ESPACIO PÚBLICO: PERCEPCIONES Y USOS

En nuestra propuesta, el paso de una ciudad desterritorializada y excluyente a una vivida y resignificada por sus habitantes, es vital para la construcción de sentidos que alimentan la vida de la urbe. En esta línea, apuntaremos a esa doble visión de García Canclini, en tanto afirma que las ciudades existen en dos registros: como espacio que se habita, en el cual nos desplazamos físicamente para trabajar y consumir, y como sistema de redes comunicacionales invisibles y deslocalizadas. Es decir, la ciudad en una doble dimensión: espacial y comunicacional. El énfasis recae en lo segundo, en la medida que articula narrativa y memoria; esta última categoría como detonante de los procesos reflexivos acerca de la ciudad.

En palabras de Michel de Certeau,¹⁰ el espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada. Es decir, la memoria y los relatos nos remiten a experiencias concretas de nuestra cotidianidad. Su percepción está relacionada con la organización cultural del espacio físico, mediático y social. En este proceso participamos al resemantizarla, al hacer la reconstrucción de aquellos lugares que otorgan sentido a la ciudad.

En ese juego entre narrativas y memoria, podemos soñar con metamorfosear los espacios de nuestras vidas y convertir la ciudad en objeto de nuestros deseos. Para el español Jordi Borja, hacer ciudad hoy es crear nuevas centralidades y ejes articuladores que den continuidad física y simbólica para favorecer sobre todo tejidos sociales. De allí que «*la ciudad del deseo* dista mucho de ser la ciudad utópica e ideal, es la ciudad querida, mezcla de cotidianidad y misterio de seguridades y de encuentros».¹¹

Esto quiere decir que además de las funciones materiales que cumplen los escenarios cotidianos, como soporte físico del desarrollo de las actividades de los habitantes, el espacio público configura el ámbito donde nos reconocemos a nosotros mismos. Estas percepciones son los elementos que configuran

9. Omar Rincón *et al.*, *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanía*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana / UNESCO, 2006, p. 137.

10. M. de Certeau, *op. cit.*

11. Borja, Jordi, «La ciudad del deseo», en Fernando Carrión, comp., *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*, Quito, FLACSO Ecuador / Junta de Andalucía, 2001, p. 395.

los discursos sobre la ciudad y son los indicadores más claros de la conformación de códigos comunes para la constitución de grupos.

Entonces, el espacio público obra como un tejido de la vida y de la urbe. Ciertos espacios públicos son puntos cardinales de la vida cotidiana. Por ello, sus transformaciones, sujetas a los cambios de las horas y los días, permiten o cierran su ocupación. Un parque en horas de la noche, según varias condiciones, puede albergar actividades distintas; las calles congestionadas en las horas pico, pueden devenir en una ciudad fantasmagórica, desolada en los días posteriores a la fiesta. Y lo mismo puede decirse de diferentes lugares, sean estos recreativos o de tránsito, sujetos a los días y las horas, con sus luces y sus sombras, sus actividades festivas, sus silencios, disputas y saludos, el caminar despreocupado y las miradas que transmiten asechanzas e incertidumbres.

La calle, además de ser un elemento que ordena la ciudad, tiene un significado especial para el/la habitante, pero no es el mismo en uno y otro sector. Como veremos, el entorno urbano de los lugares seleccionados para este estudio observa diferencias entre sí. Como explican los estudios de Marco Córdova,¹² la identidad del habitante de Quito con respecto a su entorno se configura en torno al lugar-región. Por ello, los elementos urbanos de la ciudad articulan niveles de interacción que tienen que ver con los procesos perceptivos de sus habitantes. A través de estos elementos podemos ver de qué forma se establecen prácticas discursivas diferentes en relación con la dinámica de estos espacios.¹³ Aunque estos elementos son ciertamente inmóviles, proponen sentidos de pertenencia dentro de la urbe y establecen puntos de conexión; es decir cumplen una «función» específica dentro de la ciudad, puesto que son referentes para quienes la habitan.

La imagen urbana de Quito se estructura sobre dos grandes tramos: el norte y el sur. Sin embargo, el ritmo de desplazamiento de la ciudad impone

12. M. Córdova, *op. cit.*

13. El investigador y arquitecto norteamericano Kevin Lynch propone cinco elementos físicos para estudiar la imagen urbana, ellos son: bordes, sendas, mojones, nodos y barrios. Los *bordes* son elementos lineales que separan o delimitan una región de otra, cuya principal característica es la visibilidad y continuidad. Las *sendas*, tales como calles, avenidas, senderos, etc., son elementos básicos en los esquemas de orientación de la urbe, puesto que a través de éstos, los individuos se desplazan de un lugar a otro. El carácter espacial de las sendas se configura de acuerdo con sus características físicas y por la dinámica de cada una de ellas. Los *mojones* permiten establecer puntos de referencia dentro de la ciudad. Este es el caso del Panecillo, cuya connotación simbólica adquiere relevancia dentro de la urbe. A diferencia de los nodos, los mojones poseen un carácter cerrado, con ciertas restricciones para el observador. Los *nodos* son elementos estratégicos abiertos, de fácil acceso tales como: plazas, parques, zonas de gran confluencia, entre otras. Su jerarquía visual también puede convertirlos en un elemento iconográfico dentro de un barrio o la ciudad misma. Finalmente el *barrio* se define a través de un sistema de bordes y un conjunto de nodos que lo distinguen de otras zonas de la urbe. Citado en M. Córdova, ..., p. 26 y 27.

nudos o mojones de referencia sobre los cuales se construye la lógica espacio temporal del movimiento. Estos podrían ser: la Avenida Patria, que delimita el norte del centro histórico, y «la Y», que marca el inicio del extremo norte de la capital; ambos constituyen puntos de referencia para sus pobladores, en la medida que representan situaciones, actividades, recuerdos que afectan y crean imágenes en la memoria. Tanto en el norte (Tribuna de los Shyris), en el centro (Plaza de Santo Domingo), como en el sur (Tribuna del Sur), existen elementos que contribuyen a organizar la vida cotidiana de sus habitantes.

La calle, como eje ordenador de la ciudad, es el escenario donde se producen contactos de todo tipo, desde conversaciones fugaces, saludos, flirteos, críticas y aun conflictos y discusiones. La calle atraviesa el jardín comunitario, la tienda, la peluquería, el mercado, las reuniones. Hay sonidos que connotan un significado especial para sus habitantes: el pitos de los carros, las ventas callejeras, la música de los buses, y están los olores de la fritada de la esquina o el pan de las cinco de la tarde, y los hedores que emanan de rincones y recovecos.

A partir de los usos y percepciones de la calle, los pobladores de los barrios del centro, sur y norte de la urbe movilizan la frontera y asienten en la aparición de nuevos puntos de encuentro. Esto les permite establecer contactos entre sus habitantes y relacionarse entre sí. Al transitar físicamente y recorrer las calles o avenidas en las cuales se desarrolla nuestra cotidianidad, imaginariamente asistimos a cientos de relatos que la recrean. Encontramos allí textos que nos hablan no solo *de* nosotros –habitantes y usuarios de la urbe–, sino también *a* nosotros, que nos reconocemos como comunidad que lee aquellos textos.¹⁴

Dentro de esta percepción, los relatos organizan los lugares y dan significado a los espacios. En esa medida describen, acopian, ordenan y actualizan la ciudad. A través de estos, los sujetos se apropian de ella y construyen sentidos; es decir, las formas en que el actor social describe su ciudad por medio de narrativas que entrecruzan geografía con memoria. Por tanto, el espacio anónimo se hace lugar significativo mediante su lectura.

Estos conceptos refuerzan el lugar de los espacios públicos desde donde se construyen identidades y se alimentan imaginarios que circulan para crear sentidos. Es esa ciudad trashumante, narrada por sus habitantes, que se reconstruye a partir de sus usos y de tantas historias de barrio en decenas y cientos de voces diferentes.

14. Carlos Bonfim, *Humor y crónica urbana*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Abya-Yala, 2003, p. 61-71.

LA PLAZA DE SANTO DOMINGO (LA DUALIDAD DEL ESPACIO)

Desde el norte, el trolebús avanza rápidamente por la Avenida 10 de Agosto, atravesando la parte moderna de la ciudad llena de edificios, monumentos, locales comerciales, bancos y alguno que otro parque con elementos decorativos. Cruzando San Blas, la fisonomía cambia. Son las casas antiguas con zaguanes, balcones pequeños y estrechos, calles empinadas, plazoletas, las que conducen al transeúnte por el centro histórico.

Al llegar a la parada, mientras unos se mantienen incólumes, a la espera de la próxima parada –que será la de su destino–, otros se agitan apresuradamente, intentando abandonar el trole o acceder a él a empujones. En ese encuentro abrupto de subir o bajar, todos vigilan con devoción sus pertenencias, pretendiendo tener ojos hasta en la nuca. Mientras suben, algunos se persignan, para salvarse de posibles accidentes o librarse de carteristas, malandrines o ladrones. En una especie de rito rutinario, al bajar se aseguran de tener todo en orden y en su lugar, lo que incluye *wawas*, aretes, collar y billetera. En las horas tempranas, los estudiantes marcan el ritmo; marchan acompasados, tratando de acomodar sus mochilas, arreglar el flequillo o, a veces y a codazos, hacerse de espacio entre la gente, que apura por tomar el bus.

Una vez en la plaza se levanta la iglesia construida por los padres dominicos; la estatua del mariscal Antonio José de Sucre mira hacia el volcán Pichincha. La vista pasa de las construcciones monumentales a la grandeza de lo pequeño. Son los colores y los objetos amontonados sin ninguna clasificación, lo que llama la atención en uno de los portales de la calle Bolívar. En estos pequeños estantes se encuentra de todo: peinillas, hojas de afeitar, elásticos, espejos, golosinas, muñecas de trapo y de las otras, cinturones, madejas de lana, agujas, cajas de fósforos..., un sinfín de chucherías, útiles para mil oficios, guardados con esmero en pequeñas cajas y gavetas. «Las cajoneras guardaban, junto a botones y madejas de hilo de chillo, bolas de vidrio con estrellas de indefinibles puntas en su centro, y otras negras, de un negro impenetrable».¹⁵

Las cajoneras forman parte de la historia de Quito y de la cotidianidad del sector. Los zaguanes y los dinteles de las puertas guardan, desde siempre, los misterios y las historias de los objetos y sus dueños. Hay quienes las recuerdan desde que se compraba en sucres, mientras otros nos preguntamos por el origen de las muñecas de trapo, origen desconocido también para ellas, aunque se trate de una tradición solo hallable en el portal del antiguo colegio «de los Corazones del Centro». Hasta hace poco se encontraba a las «cajone-

15. Javier Ponce, «Las cajoneras», en Edgar Freire Rubio y Manuel Espinosa Apolo, comp., *Parias, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Colección Memoria, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999, p. 125-128.

ras» «resistiendo» en la plaza, con la mirada perdida en dirección a la estatua del Mariscal Sucre; no hablan, o no quieren hablar y solo murmullan respuestas monosilábicas; son sus objetos quienes desde su silencio hablan por ellas.

Cruzando la plaza, quedan atrás los colores y la hilera de rosarios e imperdibles. Al mediodía, son los estudiantes, los trabajadores, los lustrabotas, el voceador de revistas y periódicos, el policía municipal, los y las vendedoras callejeras, quienes convierten al lugar en un hervidero de gente que se mueve por todos lados. Son personajes que anuncian el fin de una jornada o el inicio de otra, mientras se desplazan, se reúnen, gritan, se miran, atrincheran o caminan libremente.

En la Plaza de Santo Domingo y en el barrio La Loma, los lugares se acomodan a la rutina de sus habitantes. Entre cantinas, clubes, prostíbulos, tiendas, billares, hoteles, fondas, salones de juego, picanterías, y la iglesia, con la capilla de Nuestra Señora del Rosario,¹⁶ la cotidianidad del sector se intensifica por la presencia de negocios.

En los albores de la ciudad, esta parte de la urbe acogía en residencia a las familias quiteñas «de cepa» o de adopción, pero desde el siglo XVIII empezó se metamorfosis de tinte comercial.

Los moradores del sector, desde sus calles, esquinas y ventanas, fueron testigos de intercambios y negocios con pequeños y grandes capitales. Sin embargo, algunos dirían que los espacios sociales asignados a la diversión y al juego sobrepasan en número a los lugares llamados al recogimiento y la penitencia. Así lo recoge un documento elaborado por el Municipio Metropolitano de Quito, que contiene testimonios de los habitantes del barrio La Loma: «Poco a poco la secularización de la vida cotidiana se fue imponiendo de manera definitiva. Las fiestas profanas empezaron a tener más importancia que las religiosas y en ellas participaban fundamentalmente los hombres y los jóvenes».¹⁷

De esos tiempos nostálgicos todavía se puede apreciar algunos personajes que forman parte de la memoria de la ciudad. En algunas ocasiones los *chullas quiteños*, personajes retratados tantas veces por las crónicas urbanas, parecen volver a la plaza luciendo sus levitas impecables, camisas almidonadas, junto a los infaltables sombrero y bastón. Aprovechan para lustrarse los zapatos, caminan un rato y luego se pierden por cualquier esquina.

16. Las crónicas de Guillermo Noboa cuentan que el arco de Santo Domingo, llamado también el Arco de la Virgen, fue construido entre 1724 y 1726 por orden de los padres dominicos. Según se dice, «los devotos quiteños para satisfacer un anhelo religioso y como para librarse de ciertas tentaciones, consiguieron que en ambos lados del arco, se abrieran sendos nichos, en los que colocaron dos imágenes talladas en una sola pieza de piedra por hábiles artífices».

17. Testimonios recogidos en Municipio Metropolitano de Quito, *Memoria histórica y cultural de La Loma*, Quito, Municipio Metropolitano de Quito Administración Zona Centro, 2004.

En otros tiempos, la buena sazón quiteña hizo famoso al sector de La Loma. Los salones Oriente y La Loma alcanzaron renombre por ofrecer al comensal «los mejores caldos y empanadas de morocho de Quito». Los bares populares, conocidos en la jerga quiteña como las «cantinas», lugar de maceración de las penas de amor de sus asiduos clientes, forman parte de la memoria del barrio. Todas estaban equipadas con la clásica *rockola* y múltiples y pequeñas mesitas, forzosamente acomodadas en esquinas y recovecos, para que quepan más de las que normalmente cabrían. En estas cantinas, la vida de la ciudad, el ambiente político, el juego de cartas, la chismografía del barrio y las penas de amor, eran parte del coloquio de los quiteños. Hoy, si persisten, son vigilados y cercados, y permanecen ocultos y semiclandestinos.

La cercanía a la Terminal Terrestre Cumandá hizo que muchos chagras inmigrantes habiten algunas de las casas, entonces señoriales. Hoy, venidas a menos, corroídas sus paredes de tierra por el tiempo y la lluvia, se han transformado en «conventillos a la quiteña», donde cohabitan en pequeñas habitaciones decenas de familias que apenas si arañan la sobrevivencia. En mitad de semana, vecinos y quiteños de otros barrios, matan el tiempo en los innúmeros billares del sector, o abarrotan las picanterías o los salones, con almuerzos «de a dólar».¹⁸

En horas de la noche, la plaza cambia su rostro. La vida nocturna disfraza buena parte del trajín, en lugares poco iluminados. Unas cuantas cervezas, un juego de baraja y el humo del tabaco en medio de faldas cortas de profusos colores, amplios escotes, excesivo maquillaje, cabellos tinturados. Ellas o ellos aprovechan las sombras para tomarse las esquinas, y algo más que las manos. La noche comienza a parir una ciudad de mendigos que duerme en los dinteles de las casas, cubiertos con cartones o periódicos; otros rebuscan la basura, o simplemente merodean, esperando que amanezca mostrando un mundo paradójico lleno de tradiciones sombrías. Frente a la iglesia, en sus alrededores, habita una urbe que muestra sus dolores, vergüenzas, imposibilidades y sus marcadas diferencias. Decenas de niños de la calle que en el día trabajan como lustrabotas, aturdidos por el sol, duermen «a pelo» sobre el cemento de las veredas o zaguanes, apenas cobijados los unos con los otros; mendigos, vendedores informales, prostitutas, compartiendo un espacio marcado por la religiosidad donde se disponen otros ritos.¹⁹

18. En otros tiempos, cuando Quito vivía un aire conventual, Santo Domingo era una de las plazas más importantes de la ciudad. Centro del comercio y paseo habitual de los viajeros. Lugar de personajes y anécdotas. Espacio significativo entre artistas, teatreros y músicos de la calle, cuyo marco arquitectónico podía ser comparado solamente con un gran teatro al aire libre. Por tanto, la platea desde siempre fueron las escalinatas, desde donde se disfrutaba del espectáculo y el paso de los transeúntes.

19. De allí que la plaza conectada con el espacio religioso dispone el rito religioso en lugares

Alrededor de este mundo circulan personajes que generan valores, creencias y mitologías. En ese «juego» entre religiosidad y perversión, el escritor ecuatoriano Huilo Ruales describe, con delirio y vehemencia, este lado de la urbe en su cuento «Leyendas de la tuentifor». El infierno, el mal y la perdición, mezcla de ficción y delirio, describe un submundo donde conviven mutilados, ladrones, borrachos y prostitutas. El autor contrasta la ciudad utópica, limpia y ordenada con la ciudad «real» partida, escindida, en la que conviven personajes del día y la noche. Ambas visiones de la urbe cruzan la memoria de sus habitantes y los repelen, pero se acomodan a ella, resignados. Uno de los personajes, el *Kinkon*, en medio de su indigencia y delirio, asiste a la aparición de la virgencita:

El lánguido alumbrado de la plaza de Santo Domingo y el vaho plateado de la luna llena, a empellones, logran filtrarse por el diluvio que anega a Quito desde hace cuatro días. La luz que cae en la entrada de la iglesia resulta un polvo que dibuja un áurea de neón en torno de la figura de la virgencita: frágil, vestida de blanco –como siempre soñaba–, empapada, tiritante.²⁰

De otro lado, los relatos mediáticos también han construido una imagen de Santo Domingo donde prima la urgencia por rescatar un lugar importante en la vida de la ciudad, incluso de sus propios habitantes. Ciertos canales de televisión, por ejemplo, utilizan el plan Ojos de Águila de la Policía Nacional y el Municipio de Quito, para alertar a los vecinos sobre los puntos críticos del sector. Esto refleja que aunque para algunos el centro histórico puede ser el lugar para convivir con la historia, un sitio turístico por excelencia, para otros es la representación de la delincuencia y el congestionamiento de los que hay que escapar.

Desde la mirada mediática, la Plaza de Santo Domingo asiste a una muerte lenta y dolorosa, puesto que ha sido tomada por la prostitución y la delincuencia:

Aquel día, Magdalena Orbe solo confirmó sus sospechas: «Estamos inundados de delincuentes y no hay poder que los saque de La Loma». La mujer asegura conocer de memoria los puntos y las estrategias que se utilizan para el expendio de droga en su sector. Como ella, varios moradores identifican a las

abiertos. Las procesiones en honor a Jesús del Gran Poder se han hecho durante años. Estas salían desde San Francisco, cruzaban por el Arco de la Reina y culminaban en Santo Domingo. Según cuentan los moradores más antiguos, luego de la procesión la gente regresaba a sus casas y entre las 6 y 8 de la noche se servían agua de canela con galletas. En las calles, después de estas horas no se veía «un alma».

20. Huilo Ruales, *Fetiché y fantoche*, Quito, Bananapub, 1994, p. 12.

escalinatas de la calle Pontón como un sitio de expendio constante de droga y a la calle Rocafuerte como la guarida de arranchadores y alcohólicos.

«Todo llegó con el comercio sexual».

Esos hechos prueban una realidad. La rehabilitación del Centro de la ciudad, iniciada en 1997 y reforzada en el 2000, fue parcial. En la zona hay casas que lucen fachadas nuevas, con colores cálidos. En el 2005 se invirtieron 114.000 dólares en iluminación y en el 2006 el Municipio prevé gastar 200.000 dólares con ese mismo fin.²¹

Sin embargo, la reflexión de los moradores sobre la inseguridad en la zona está atravesada por sus propios modos de habitar este espacio. Así establecen las horas «habitables» del sector, los mapas individuales donde los caminos son mejores de día que de noche e identifican personajes que tienen «malas mañás», como contaba una moradora del sector.

En el plano de la vida cotidiana y los usos propios del espacio físico, que incluyen los lugares donde se relata la historia de la urbe y la generación de la memoria colectiva, este lugar es reconocido como uno de los más tradicionales, donde los juegos populares, los ritos y leyendas, las comidas típicas y sus personajes, marcaron el ritmo de otros sectores de la capital. En la actualidad la Plaza de Santo Domingo ha sido recuperada como sitio de encuentros barriales, donde se continúa haciendo vida en comunidad.

LA TRIBUNA DEL SUR (LA VIDA BARRIAL)

Durante el trayecto del bus, el *regaeton*, el vallenato o las tecnocumbias nos acompañan de manera impertérrita. El chofer cuida siempre de variar las canciones y, por supuesto, de apretar «el chuso». Sin embargo, es imposible seguir el ritmo entre las *full mix* y la vocinglería del controlador, que temerariamente colgado a medias en la puerta del bus, en cada esquina alerta a los posibles nuevos usuarios sobre el recorrido y las paradas de su línea.

En el tablero frontal lucen objetos decorativos de la más diversa índole: desde las imágenes de la Virgen del Quinche o del Divino Niño, hasta caricaturas obscenas y machistas, que dan buena cuenta de la idiosincrasia de la abnegada «clase del volante». Las paredes laterales, ventanas y puertas, están atiborradas de las más consabidas leyendas: *El hijo del chofer no paga, abajo dejé*

21. Nota publicada por *El Comercio*, «En el Centro Histórico hay zonas de riesgo», Quito, 4 de mayo de 2006, cuaderno 2, p. 13.

a tu mujer, trabaja... no envidies, y otras tantas que sirven de entretenimiento a los pasajeros, mientras viajan, unos sentados y otros, apretujadamente a pie.

Al llegar a la ciudadela Atahualpa, el paisaje se transforma con espacios amplios y donde los edificios más altos alcanzan cuatro pisos. Son las casas pequeñas provistas de colores y los pasajes angostos lo que permite establecer más contacto entre los vecinos.

En este escenario, la Tribuna del Sur se inscribe como un lugar compartido: fue construida con la ayuda de la Empresa de Obras Públicas (EMOP-Q), donde los dirigentes y moradores de la ciudadela Atahualpa son parte activa de la toma de decisiones, conjuntamente con la Administración Sur Eloy Alfaro. Los actos públicos que antes se realizaban en la Avenida Rodrigo de Chávez, con el conocido *chavezazo*,²² en la actualidad se trasladaron a este sector de la urbe.

La vida cotidiana de la tribuna y sus alrededores es como una olla de presión. Por la mañana, son largas las jornadas de traslado hasta los sitios de trabajo. Como en otras zonas de la ciudad, numerosos grupos de personas de todas las edades hacen fila para alcanzar un bus.

Las casas están cercadas por el alambrado eléctrico, lo más parecido a una hilera de tallarines y aunque no hay casas iguales, todas tienen algo en común. Sus dueños han preferido el metal y el concreto y han dejado que los colores se apropien del paisaje; varias de ellas esperan por construir otro piso, pero hasta tanto la ropa se seca entre los barras de metal que apuntan al cielo. En ventanas y terrazas nunca faltan «maceteros» de todo tipo e ingenio: una tetera desportillada que cumplió ya su vida útil, llantas viejas reacomodadas, botellas de Coca-Cola recortadas por la mitad, sosteniendo en su interior una planta de sábila, otra de manzanilla y quizás hasta algún geranio y, por supuesto, en casi todas las puertas de hierro de acceso a la casa, un perro «hijo de la calle», cumpliendo su oficio de fiereza y de guardián.

Las calles son irregulares, estrechas y pegadas entre sí, donde la casa del vecino está a unos pocos metros de distancia. Niños que juegan y otros que van corriendo a la tienda de la esquina; negocios ambulantes con un altavoz que anuncia papas cholas o naranjas de Balsapamba, mientras en las veredas las señoras pasean y comadorean, dando un respiro a su quehacer doméstico: hombres de mediana edad, seguramente en la desocupación; parejas en su juvenil flirteo y uno que otro anciano, seguramente desmenuzando sus nostalgias; un sinnúmero de pequeños grupos humanos de todo tipo.

22. Este es una de las tantas denominaciones que reciben los sitios donde se llevan a cabo las populares fiestas de barrio que toman el nombre de la calle o el sector: el *machalazo*, el *floridazo*, el *amazonazo*, entre otras, forman parte de la agenda de los quiteños en las fiestas de la ciudad.

En determinadas horas del día, la tribuna se convierte en parada de buses o sitio de encuentro de los enamorados. Los fines de semana acoge a los deportistas, estudiantes, trabajadores y es el punto de encuentro de los vecinos, que se reúnen para tertuliar o comentar la situación del barrio. En algunas ocasiones, normadas y restringidas, se convierte en el sitio para la música y el rock metalero. Allí los jóvenes se reúnen, gritan, se expresan.²³

Es un espacio de circulación y comercio, de todos los comercios y también del trueque: desde los niños que intercambian cromos y figuras de álbumes hasta el comercio informal que vende ropa, accesorios y una infinidad de artículos. Un lugar donde se expresan las simbologías comunitarias, cuya accesibilidad genera formas de comunicación y vivencias diferentes entre sus habitantes que se expresan en un alto nivel de cooperación y vínculo, donde se mantienen actividades de solidaridad y ayuda comunitaria, como la minga.

Las primeras formas de organización surgen en torno a la consecución de algunas obras de interés comunal, como el agua potable, el alcantarillado, el adoquinado o la pavimentación de algunas calles. Luego la dinámica social se trasladó hacia el buen uso de los servicios públicos, las canchas, el transporte público, así como la conservación de los espacios verdes.

Desde las actividades comunitarias de fines de semana para arreglar una cancha o cortar el césped, los recorridos cotidianos que comunican el paradero de buses con la cancha y el parque infantil ubicados en los extremos de la tribuna, van marcando la ruta de los moradores. Son también trascendentes las rutas de los colegiales, el lugar donde trotan y caminan los deportistas, el paseo de los enamorados y el recorrido del camión de frutas y verduras, que va por el barrio ofertando sus productos. Estos son ejes de la estructura urbana y canales preferentes para la circulación de los actores sociales y, por tanto, lugares privilegiados para la comunicación, susceptibles de actuar como soporte oportuno para el abrigo, la apropiación y la expresividad de los habitantes.²⁴

Son las fiestas de la ciudad las que congregan a los vecinos en mayor número. En los días de celebración, el entorno cambia por completo. Los primeros en llegar son los negocios de comidas ambulantes y los infaltables *canelazos*; horas más tarde, los equipos de amplificación y toda la parafernalia necesaria para montar los espectáculos artísticos, copan gran parte del espacio. La tribuna luce los colores de la bandera capitalina y en el graderío se van ubicando las autoridades, desde la parte superior. Entonces, la fiesta empieza. Al día siguiente, la ciudadela Atahualpa despierta con un gran bostezo y bus-

23. Tanto la Concha Acústica como la Plaza Belmonte son *lugares* que durante años han acogido a los movimientos rockeros del sur de la urbe. Sin embargo, en los últimos años, en ciertas ocasiones, la Tribuna del Sur sirve como escenario para estos conciertos y reuniones.

24. F. Viviescas, *op. cit.*

ca con ansiedad un buen encebollado para ganarle la partida al *chuchaqui*; la tribuna tampoco luce su mejor cara, pero en pocas horas estará lista para la siguiente jornada.

LA TRIBUNA DE LOS SHYRIS (EL DISFRAZ Y EL ESCAPARATE)

En la esquina de las Avenidas Eloy Alfaro y Shyrís encontramos la estatua de un infante que riega una plazoleta sin nombre. Los moradores del sector desconocen en honor a quién y cómo llegó este monumento que hoy luce abandonado y frío. A veces está rodeado de otros niños, algunos de ellos vendedores ambulantes, que dejan su mercancía al cuidado de una especie de guardián de metal que sigilosamente mira hacia todos lados. Son otros niños que empapan las calles con golosinas o frutas, caminando por la estrecha vereda que los separa de la transitada avenida. Nadie sabe quiénes son, pero sí de dónde llegaron.

Al llegar a la Tribuna de los Shyrís no existe una placa conmemorativa, de esas que tanto abundan; solamente un gran armatoste de hierro y cemento. Sin embargo, los espacios están diseñados y cercados con minuciosidad, aun cuando los graderíos lucen un tanto descuidados.

Los edificios altos y modernos, con muros enladrillados, apenas disimulan su aire de zona bombardeada con decenas de locales comerciales de todo tipo. En el ambiente proliferan los letreros luminosos, carteles, vallas publicitarias, avisos, con el propósito de entretener a peatones y conductores, que siempre circulan por la ancha Avenida de los Shyrís.

En el parque La Carolina los primeros ajetreos de la mañana corresponden a los deportistas empedernidos, trotadores, basquetbolistas de toda edad y experticia, practicantes de yoga o taichí, gente que hace aeróbicos, en fin, un colorido *patchwork* de amantes del *fitness* o de ondas más existenciales, que desde hace algún tiempo hicieron de este espacio su propio gimnasio o centro de meditación dinámica al aire libre. Unos pasos más allá, decenas de jóvenes haciendo gala de sus destrezas, desafían a la física, montados en sus bicicletas o *skates*, una actividad temeraria donde los transeúntes entran en el juego, al convertirse en público cómplice de estas jornadas. Entre el bullicio y la circulación rápida no dan tregua al policía que intenta controlar el tráfico. Los malabaristas, en las intersecciones de las amplias vías, cuentan con escasos segundos para mostrar sus habilidades y lograr una moneda antes de que cambie la luz del semáforo, para luego acomodar el traje y el instrumento y regresar a su magia. Mientras algunos impacientes apuran la circulación tocando el claxon.

Al mediodía, sobre todo en verano y en los «días de guardar», las bancas del parque sirven de lugar de descanso y, el césped, de refugio de familias

enteras y parejas que, pretendiendo escapar de lo público, se esconden tras una mochila o de sus propios cuerpos.

Después de las siete de la noche, y cuando el viernes ha marcado el fin de la jornada semanal, la tribuna y el parque lucen más ruidosos que de costumbre. La oscuridad oculta ciertos detalles, mientras que las luces y el sonido acentúan los cuerpos, que a veces son máscaras y disfraces. El ambiente se inunda de *regaton* y uno que otro sonido antiguo; los gustos y las pintas son diversas, llamativas. Jóvenes y adultos deambulan por las calles, en búsqueda de fiesta, de una «chela» o un fuerte, de conversación, de coqueteo, como forma de relacionarse a través de un nosotros múltiple.

Pasada la medianoche, la música y el baile se toman el parterre de la Avenida de los Shyris, un espacio que en horas del día funciona como estacionamiento para los burócratas y ejecutivos del sector. En ese mismo lugar se instala la conversación y la joda para combatir el cansancio de los días y el trabajo. Los transeúntes ahora se convierten en salseros, rockeros, punkeros, regaetoneros y, uno que otro, que todavía escucha baladas románticas y se entona con Julio Jaramillo.

En la Tribuna de los Shyris, las celebraciones deportivas convocan a gran parte de quiteños y quiteñas, generando relaciones transclasistas y transgeneracionales, que permiten ocupar el espacio de formas distintas. En un juego colectivo de las hinchadas, todos se reconocen bajo un cántico, un lema, la selección ecuatoriana de fútbol. Se rompe el calendario, no importa si es domingo o no, las hinchadas celebran, se toman los espacios, pitan, saltan, gritan, lloran, ríen. La Avenida de los Shyris se transforma en un estadio al aire libre y los graderíos son hervideros de gente abanderados con la tricolor.

En tiempo de campañas políticas se vive el mismo ambiente de fiesta; en el lugar abundan las banderas, los afiches y las pancartas de todos los colores y tendencias. La tribuna acoge a hombres y mujeres de todas las edades, mientras los discursos, las promesas, los aplausos y las pifias al adversario, inundan el ambiente, al ritmo de uno que otro artista que anima la fiesta de campaña.

Los desfiles, marchas y presentaciones cívicas siempre han alimentado la cotidianidad del sector. Como se afirmó antes, la Tribuna de los Shyris fue construida con fines militares más que civiles, puesto que fue concebida como espacio ritual de conmemoración de fiestas patrias donde se exhibía la fuerza y el poderío militar. Luego, este mismo espacio se utilizó para el famoso Desfile de la Confraternidad en las fiestas de fundación de la ciudad. En estas fechas, además, La Carolina sirve de escenario para realizar eventos artísticos donde las comidas típicas convocan a más de uno.

Sin duda, otro de los lugares que constituye un referente para las y los quiteños es la Cruz del Papa, construida en homenaje a la visita del Sumo

Pontífice.²⁵ Construida cerca de la Avenida Amazonas, la Cruz del Papa se reactualiza como lugar de encuentro de jóvenes y deportistas, gente de la tercera edad, que se reúne en programas de ejercicios todos los fines de semana, además de ser punto que convoca a la solidaridad o la protesta de los ciudadanos que desean manifestarse a favor o en contra de un abanico variopinto de temáticas.

No obstante, a diferencia de otras zonas, la configuración espacial en el norte de la urbe ha transformado el concepto de propiedad privada y la relación entre sus habitantes, lo que contribuye a crear un ambiente de indiferencia con muy poca relación comunitaria, salvo momentos de fiesta y protesta, que permiten reapropiarse de los mismos y dotarlos de sentido.

Según las horas del día, la circulación se restringe en ciertos espacios y los transeúntes practican otras formas de habitar la ciudad. A manera de conclusión, se puede decir que, los sectores de la urbe establecen distintos niveles de relación entre sus habitantes, y de estos con el entorno.

En suma, en los últimos años, el centro histórico ha retomado las formas vecinales alrededor de la Plaza de Santo Domingo. En otras ocasiones, son los quiteños de diversos sectores los que retoman este espacio para llevar a cabo diferentes actividades, es decir, formas de visibilización, a través de exposiciones de arte, protestas ambientales, jornadas estudiantiles o médicas.

En el sector sur podemos observar rasgos semejantes. La configuración urbana posibilita la vida barrial con mucha más cercanía y formas de pertenencia. Como se expresó en líneas anteriores, la disposición de casas y calles, a manera de pasajes, permite otras formas de comunicación entre los vecinos. Esto contrasta con la vida en el sector norte, sobre todo en la Avenida de los Shyris, donde las formas de vivienda responden a estructuras altas y uniformes, con poca posibilidad de contacto y cercanía.

Resulta interesante observar que el contrapunto entre la parte histórica de la urbe y las zonas sur y norte, radica no solo por sus características físicas y morfológicas, sino principalmente por la tipología de usuarios que circulan por estas, y más todavía, por las formas de uso que los habitantes dan a su ocupación del espacio público.

25. En enero de 1985, el papa Juan Pablo II visitó la ciudad. Con esta ocasión se realizaron dos grandes concentraciones, una en el Estadio Olímpico Atahualpa y otra en el parque La Carolina. En su honor fue construida la Cruz del Papa.

CAPÍTULO III

Ciudad real

LO TRÁGICO, LO EUFÓRICO Y LO PROFUNDO DE UNA DÉCADA POLÍTICA

En el presente capítulo analizaremos de qué manera los usos políticos del espacio público permiten construir formas de participación ciudadana que expresan la necesidad de restituir la unión y socialización de estas zonas de la urbe que, hasta el momento, parecen desarticuladas. A través de la movilización ciudadana se dota a la ciudad de nuevos sentidos y funciones que permiten establecer vínculos entre sus diferentes regiones y espacios.

Retomamos las reflexiones de Jordi Borja, quien sostiene que la ciudadanía es un concepto evolutivo, dialéctico: entre deberes y derechos, entre status e instituciones, entre políticas públicas e intereses corporativos o particulares. «La ciudadanía es un proceso de conquista permanente de derechos formales y de exigencia de políticas públicas para hacerlos efectivos».¹ De esta forma, se le asigna al espacio público otras funciones, además de la urbanística y sociocultural, puesto que se reactualiza en su rol político.

Desde un sentido amplio, la noción de lo público nos permite anclar lo social y lo político. Vistos como lugares de la heterogeneidad, los espacios públicos posibilitan la consecución de fines democráticos, de encuentros en la diferencia. Una de las formas de estudiar este campo es a través de la acción social convertida en protesta o marchas, donde los usos políticos y culturales han permitido recuperar el espacio público como escenario de deseos, luchas y reivindicaciones. Más allá del carácter político de los hechos reseñados a lo largo de estas páginas, nos interesa la configuración de esa *ciudad real*, como un discurso que está siendo permanente reactualizado por sus habitantes y es enunciado en la memoria cultural de los ciudadanos y ciudadanas.

En este trabajo se ha tomado como referencia el período 1997-2007, puesto que en este último decenio, los estudios sobre las ciudades guardan

1. Jordi Borja, Conferencia pronunciada en el «Fórum Europa», Barcelona, junio de 2000, en *Revista La Factoría, Cataluña*, <<http://www.lafactoriaweb.com/articulos/borja17.htm>>. Consultado el 16 de mayo de 2006.

relación con una trama urbana cada vez más dinámica, creativa y participativa, cuyas expresiones más visibles están en el entrecruzamiento de producciones sociales y culturales diversas. Y es que pocas veces los laberintos de la política permiten una reflexión social y cultural que parta de las estrategias, formas de expresión y representación de la ciudadanía como centro de la vida cotidiana que se ancle en las formas de apropiación de la ciudad en determinadas coyunturas nacionales.

Lo trágico, lo eufórico y lo profundo de una década política, con caída de gobiernos, golpes de Estado, marchas y protestas, teniendo a la ciudad como escenario.

5 DE FEBRERO DE 1997

El 10 de agosto de 1996 asumió el mandato Abdalá Bucaram Ortiz. El líder del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) llegó al Palacio de Carondelet autoproclamándose loco y, bajo esa figura, el Congreso Nacional lo destituyó, declarando su incapacidad mental para gobernar el país. En un corto período en el poder, los escándalos, corruptelas, autoritarismos y excesos de todo tipo y en todos los escenarios,² socavaron al gobierno populista, cuya figura no encajó con la majestad del poder. «Abdalá Bucaram puso en escena el anticuerpo presidencial, en el cual una corporeidad exuberante sirvió de soporte al ademán desmedido, la palabra soez, la alimentación vulgar y la actitud desproporcionada».³

Según varios analistas políticos, una de las razones para su destitución habría sido el paquetazo económico. «Un *abdalazo* a todo bolsillo», como tituló diario *Hoy*, el 9 de enero de 1997, en alusión a las medidas del *bucaramato* que establecían la elevación del precio del gas, que oscilaba entre 15 y 18 mil sucres, y la eliminación del subsidio. Una medida que se tomaba al tiempo que Bucaram realizaba la primera visita oficial al Perú y anunciaba una

2. En esos días, probablemente una de las columnas más leídas era la del *Pájaro* Febres Cordero. El libro *Bucaram: tocata, robata y fuga* contiene una valiosa colección de artículos escritos por el periodista y escritor ecuatoriano durante los seis meses del gobierno de Abdalá Bucaram. Con un fino humor y abundante dosis de sarcasmo, el *Pájaro* le dedicaba sus líneas a los personajes más representativos del gobierno encabezados por el *excelentísimo señor presidente*; los comentarios al Ministerio de Educación al mando de *Sanrra Correa*; el *hombre de Cromañón* (Alfredo Adum) y su falta de «paciencia» con los medios de comunicación y los excesos cometidos por algunos de sus familiares: *Elsita* y *Jacobito Bucaram*.
3. Gabriela Córdova, *Anatomía de los golpes de Estado. La prensa en la caída de Mahuad y Bucaram*, serie Magíster, vol. 28, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Abya-Yala / Corporación Editora Nacional, 2003, p. 18.

consulta popular. Sin embargo a esas alturas, los ánimos en el país ya habían subido de tono y se hacían las primeras alusiones a la posibilidad de un juicio político. Para el 23 de enero de 1997, varios sectores sociales se sumaron al paro nacional convocado por la Coordinadora de Movimientos Sociales, el Frente Popular y el Frente Unido de Trabajadores, mientras que el líder roldosista entregaba las primeras casas del Plan Vivienda «Un solo toque». Dos días antes de la convocatoria, Bucaram se reúne con Leslie Alexander, entonces embajador de Estados Unidos en Ecuador, cuyas declaraciones impactaron en los sectores oligárquicos del país, al tiempo que varios expresidentes y líderes políticos alistaban «la camioneta» y el juicio político en su contra.

¿Cómo entender la reacción de los ciudadanos y ciudadanas de Quito? En su corto período, Bucaram había manejado una lógica de confrontación con los municipios de las principales ciudades del país —en especial con Quito— e iniciado la toma de medidas en su contra.⁴ Estas mismas fuerzas locales, comandadas por las figuras de Jaime Nebot y Jamil Mahuad, alcaldes de Guayaquil y Quito, habrían insinuado la realización de una amplia convocatoria a sus respectivas ciudadanías.

Con este propósito, en horas de la noche, se instala el Congreso que, tras destituir a Bucaram, nombra a Fabián Alarcón, presidente interino, al tiempo que la vicepresidenta, Rosalía Arteaga, expedía también un decreto asumiendo el poder. Las protestas callejeras no cesaron hasta el viernes 7 de febrero, sin vislumbrarse salida a la crisis. En las calles, los manifestantes avanzaban hasta el Palacio de Gobierno encabezados por el expresidente Rodrigo Borja, Jaime Nebot y Fabián Alarcón, mientras que los directivos de la Asamblea de Quito y las cámaras de la producción aliñaban el desenlace al mando de dos figuras clave: la de Jamil Mahuad y Paco Moncayo. A las 20h00 horas del viernes 7 de febrero, Abdalá Bucaram abandona el Palacio de Gobierno con dirección a Guayaquil.

El Paro Nacional de 5 de febrero, que remató la salida del líder del PRE, convocó a 2'200.000 personas que salieron a las calles en todo el país. Exigían la instalación de un gobierno interino, la convocatoria a una asamblea constituyente que reformara la Constitución y, principalmente, la derogación de las medidas económicas. De esto se desprende que el factor movilizador para los sectores pobres hayan sido las medidas de ajuste y, para los sectores medios, la falta de decoro del entonces presidente, en razón de su histriónica personalidad. Así lo magnifican algunos textos:

4. Me refiero a los artículos de Ernesto Albán Gómez y Fernando Carrión publicados en el diario *Hoy*, el 5 de febrero de 1997, que aluden a los gobiernos locales y a su confrontación con el entonces presidente Abdalá Bucaram Ortiz, «Editorial», p. 4.

La caída de Abdalá Bucaram fue el más grande levantamiento popular que haya contemplado el Ecuador en este siglo. No fue violento. Pero sí extendido. Casi total. Detrás de las manifestaciones, las encuestas de opinión mostraban que más del 90% de la población rechazaba al gobierno. No solo sus acciones, sino la personalidad misma del presidente y su círculo íntimo.⁵

21 DE ENERO DE 2000

Desde la mirada de los *mass media*, durante los acontecimientos de 5 de abril de 1997, el alcalde de Quito habría cumplido un papel importante como vocero del pueblo en defensa de la ciudad, frente a las arbitrariedades de Bucaram. Un año después, como candidato presidencial de la Democracia Popular (DP), la figura de Jamil Mahuad se construía como la antítesis de sus dos antecesores. Con este precedente, el líder de la DP asumió la Presidencia de la República el 10 de agosto de 1998.

Uno de los primeros temas que debió enfrentar el nuevo gobierno fue el relacionado con la situación limítrofe con el Perú, que terminó con el consentimiento del acuerdo vinculante propuesto por los países garantes, y la firma del «acuerdo de paz», con el país vecino. Este acto obtuvo el total beneplácito de los medios de comunicación. De otro lado, la implantación de la estrategia impuesta por el Fondo Monetario Internacional (FMI), que desembocó en la dolarización,⁶ conllevaba complicaciones para la economía nacional, cuya cadena de sucesos desestabilizó al gobierno. Entre noviembre de 1998 y febrero de 1999 quiebran cinco entidades bancarias y el Estado asume sus deudas, desembolsando más de 1.500 millones de dólares. Sin embargo, el salvataje bancario no fue suficiente y el 8 de marzo también el Banco del Progreso presentaba problemas de liquidez. El anuncio del «feriado bancario» durante una semana, no fue suficiente, y la presión de los grupos financieros de Guayaquil crecía.

Al poco tiempo, el gobierno decreta el alza de combustibles y congela por un año los depósitos en cuentas corrientes y de ahorro, mayores a 200

5. Tomado del diario *Hoy*, *¡Que se vaya!*, *Crónica del Bucaramato*, Quito, febrero de 1997, p. 4 y 5.
6. Dicha estrategia contenía los siguientes puntos: la eliminación de los subsidios del gas, luz eléctrica y teléfono; dichos valores se utilizarían en el bono solidario; mayor eficacia en los programas de corte social, evitando la duplicación de funciones en las entidades públicas; reforma laboral que permitiría el empleo a tiempo parcial; y el cumplimiento de los pagos al sector de la salud, todo esto a fin de evitar reacciones y la paralización de los servicios. El camino de la modernización, según el Plan de Gobierno de Mahuad, implicaba además la privatización de los bienes públicos y de las áreas estratégicas.

dólares. Esta situación provocó un profundo malestar popular, puesto que el congelamiento de las cuentas bancarias perjudicó a cientos de familias, jubilados y personas de la tercera edad. «Era la evidencia completa: el gobierno de Mahuad se hallaba esclavo de la burocracia, a la que procuraba salvar a toda costa. Desde entonces la caída de la legitimidad de Mahuad fue meteórica».⁷

Crecía el descontento por todos lados. Frente al alza de los combustibles en julio de 1999, más de 1.500 indígenas llegan a Quito para exigir al gobierno la derogación de las medidas. Así, los primeros meses de 1999 transcurrían en medio de un enorme descontento popular. Las fuerzas armadas, por su parte, demandaban rectificaciones al gobierno, la encarcelación de los banqueros corruptos y la extradición de los que aún se encontraban en el exterior. Pero el gobierno no daba marcha atrás.

El 9 de enero de 2000, «con apenas el 8% de popularidad, ensaya un cambio intentando unificar a la derecha, los empresarios, los banqueros y los grandes medios de comunicación»,⁸ y anuncia la dolarización de la economía ecuatoriana. Una medida que provocó el rechazo de varios sectores sociales, indígenas y militares. Sin embargo, ni la crisis bancaria, ni el problema limítrofe con el Perú, removieron a Mahuad. En los últimos meses de gobierno, el propietario del Banco del Progreso, Fernando Aspiazú, denunció el manejo indebido de fondos en el financiamiento de la campaña electoral del líder de la DP. Los cuestionamientos de distintos sectores y la denuncia en su contra terminaron con la credibilidad ética del entonces presidente, por lo que fue sindicado política y penalmente, poniendo en entredicho su propia representación política.

Los días 10 y 11 de enero se instalaron los parlamentos populares en todas las provincias del país y el Parlamento Nacional de los Pueblos del Ecuador, en Quito. El 15 de febrero se llevó a cabo el levantamiento indígena y popular, cuyo principal planteamiento fue el cese de los tres poderes del Estado. «Los oficiales dan un ultimátum a los mandos y de ahí a la insurrección fue un solo paso». El viernes 21 de enero, el movimiento indígena se toma el Palacio Legislativo contando con el respaldo de oficiales de las Fuerzas Armadas que se rebelan contra el gobierno de Mahuad. Al interior del Congreso se conforma una Junta de Salvación Nacional integrada por el coronel Lucio Gutiérrez, Antonio Vargas (presidente de la CONAIE) y el ex-presidente de la Corte Suprema de Justicia, Carlos Solórzano.

En horas de la tarde, el general Carlos Mendoza, jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, pide la renuncia a Mahuad, quien horas más

7. Juan Paz y Miño, *Golpe y contragolpe: La «Rebelión de Quito» del 21 de enero de 2000*, Quito, Abya-Yala, 2002, p. 24.

8. Kintto Lucas, *La rebelión de los indios*, Quito, Abya-Yala, 2000, p. 15.

tarde abandona el Palacio de Carondelet. Pasadas las 18h00 horas, los manifestantes llegan hasta el Congreso acompañados de los representantes de la Junta Nacional. A la medianoche, los mandos militares logran un acuerdo con los insurrectos y el general Mendoza se integra a la Junta. Tres horas después, este último, junto a los mandos militares, da un Golpe de Estado y legitima la sucesión del vicepresidente, Gustavo Noboa Bejarano.

20 DE ABRIL DE 2005

Lucio Gutiérrez gana la segunda vuelta electoral en una alianza de Pachacutik, brazo político de la CONAIE, con Sociedad Patriótica (SP), partido al cual representaba. Gutiérrez toma posesión de la Presidencia de la República, el 15 de enero de 2002.

La discordancia en el gobierno se develó cuando Gutiérrez radicalizó su discurso en contra de la oligarquía «corrupta», a la que le exigía pagar sus deudas. Una situación que terminó en polarizaciones y enfrentamientos entre el gobierno y la oposición, expresadas en marchas de uno y otro bando.

Sin embargo, uno de los hechos que incitó la ira contra de Gutiérrez⁹ fue el retorno de Abdalá Bucaram. En diciembre de 2002 el Congreso Nacional, en sesión extraordinaria, decide cesar en sus funciones a 27 magistrados de la Corte Suprema de Justicia (CSJ). El 31 de marzo, la nueva CSJ presidida por Guillermo Castro Dáger, el «Pichi Castro», nulita los juicios en contra del expresidente Gustavo Noboa, del exvicepresidente Alberto Dahik y de su amigo, Bucaram, quien a los pocos días llega al país.

La actuación de la «Pichi Corte» provoca las primeras reacciones en su contra. Las asambleas de Quito y Pichincha presionan a los legisladores en las afueras del Palacio Legislativo, y convocan a un paro para el 13 de abril, para exigir la cesación de la CSJ y de los tribunales Electoral y Constitucional. La «marcha de las cacerolas vacías» se toma las calles de la ciudad, y un grupo de manifestantes se dirige a la casa del entonces presidente, para de manera pacífica realizar su acto de protesta. Al día siguiente, Gutiérrez, al rechazar esta presencia, los califica de «forajidos», calificativo que a partir de ese momento sería asumido por todos cuantos decidieran levantar su voz de rechazo y descontento respecto del gobierno.

A los dos años y tres meses de su mandato, tras la contundencia y persistencia del rechazo ciudadano, Gutiérrez es destituido por el Congreso

9. Carlos de la Torre, *Populismo, democracia, protestas y crisis políticas recurrentes en Ecuador*, Quito, Fundación Honrad Adenauer, 2006, p. 1-45.

Nacional. Durante siete días consecutivos, al caer la noche, convocadas por sus respectivas asambleas barriales, *militantemente* las familias quiteñas (con abuelos y nietos incluidos), sin más arma que la que correspondiera a la convocatoria de ese día (cacerolas, pitos, papel higiénico, botellas convertidas en sonajeros) y al grito de «fuera Lucio», se tomaban las calles, las esquinas y las plazas de los barrios de Quito. El 20 de abril, pasadas las 14h00 horas, el vicepresidente Alfredo Palacio llega a CIESPAL donde encuentra a cientos de *forajidos*, exigiendo *¡ya!* una salida a la crisis. En las afueras del edificio, los manifestantes al unísono coreaban las consignas que condensaban su propuesta: «!todos fuera! ¡asamblea constituyente para el pueblo!» A empujones y en medio de gritos, consignas y la salida intempestiva de los legisladores, Alfredo Palacio es posesionado como nuevo presidente de la república. Entretanto Carondelet empezaba a quedarse vacío, mientras un helicóptero de la Fuerza Terrestre abandonaba el Palacio de Gobierno, llevando en su interior al furtivo coronel. Minutos más tarde, decenas de manifestantes pretendieron tomarse el aeropuerto, pero fueron «gabelados» por un atlético Gutiérrez, que en medio de las sombras de la noche, se embarcaba, sin rumbo cierto, en una nueva nave militar. Así terminó el mandato quien prometió a «su» pueblo, «morir en el intento», y llegaba a su fin una ardua jornada ciudadana de siete días, que convirtió a la ciudad en trinchera de lucha y de reivindicación social.

ESPACIO PÚBLICO, RITUALIDAD Y PROTESTA URBANA

La ciudad de Quito, como lugar donde se asienta el poder político, ha construido un referente en nuestro imaginario social. Dentro de la imagen urbana de la ciudad, el centro histórico constituye un importante nodo que funciona como elemento de articulación y significación para sus habitantes, punto de origen y partida, tanto en la composición urbana como en la configuración de su identidad. De allí que, por siglos, la Plaza Grande fuera considerada como el centro político y el lugar simbólico de los tres poderes: Iglesia, cabildo y Estado. Sin embargo, durante la última década, la ciudadanía ha tomado como espacio de sus luchas, diversos espacios públicos más cercanos a su cotidianidad, rompiendo la propia configuración de la ciudad y dotando a estos de una connotación política.

La Avenida 10 de Agosto es el espacio «natural» para el recorrido de las marchas. Siendo Quito una ciudad eminentemente longitudinal, la avenida es una de las más extensas y amplias de la urbe, con gran presencia comercial; en suma, su arteria fundamental de circulación. La presencia de entidades públicas, bancos y monumentos genera un aparador idóneo donde se pueden expo-

ner ampliamente las demandas; donde cobran mayor visibilidad los carteles, y la «masa» humana camina protegida y a sus anchas.

La transformación del espacio público es parte de las operaciones simbólicas que han caracterizado a las protestas de estos últimos diez años. En algunas marchas, el esquema básico de caminar se enriquece y complementa por formas originales de obstaculizar el tráfico vehicular; el uso de la bicicleta, la presencia de zanqueros, carros cubiertos de globos y, mujeres portando ollas, transmiten un ambiente festivo y de lucha.

Esta vistosidad y ocurrencia concita la atención y simpatía del público transeúnte. Igual que en la mayoría de rituales cívicos, la presencia del pasado teje otras memorias entre los sujetos y la colectividad. Las caídas de Bucaram, Mahuad y Gutiérrez, como resultado de masivas movilizaciones populares, han resignificado estos espacios, transformando la representación de la imagen urbana.

Esto quiere decir que en el espacio público, donde se producen mediaciones simbólicas, la idea de hacer visibles las demandas de la ciudadanía ha sido en esta década tan importante como restablecer los principios de democracia mediante, la apropiación de estos lugares. De alguna forma, el salir a las calles en ritual de protesta ha marcado formas de socialización entre los ciudadanos y ciudadanas que, divididos en la topografía quiteña, buscan formas espaciales para reencontrarse y definir nuevas lógicas de cotidianidad territorial.

Las tribunas del Sur y la de los Shyris, así como la Plaza de Santo Domingo, pertenecen a este nuevo imaginario social. A partir de los usos políticos y culturales, la ciudad deja de ser lugar de tránsito, entre el trabajo y el retorno a casa, y rompe con la visión de una ciudad fragmentada en innumerables puntos, apenas sostenidos por el trazado de las vías, que da al paisaje una idea de continuidad. El sentido de las marchas y protestas permite el contacto y la cercanía, que cruzadas por la sintonía y la complicidad con la causa, abona la posibilidad de reconocerse con los otros.

Esto quiere decir que frente a la ciudad, como lugar de los votos, también se construye una noción de ciudadanía, donde el conjunto de sus espacios públicos han sido retomados por los ciudadanos para exponer sus demandas y generar las condiciones para el surgimiento de nuevas subjetividades. A partir de estos hechos, los lugares simbólicos convocan al sujeto y le permiten establecer prácticas discursivas que se anclan a lo colectivo.

La protesta, como algo que sucede en la calle, toca el ámbito de la política formal y la trama de relaciones que lo conectan. Los estudios de Francisco Cruces en la ciudad de México dan cuenta de la eficacia simbólica de las marchas, que consiste en construir un argumento de imágenes fuera del orden de la política formal y de las formas de representatividad operados por los *mass media*. Así, las formas canónicas y ritualizadas de la protesta imprimen un or-

den a los eventos sucedidos en los espacios públicos en una suerte de partitura subyacente que coordina una serie de gestos y acciones. «La calle es el locus natural de acciones mediadas por la presencia, la corporalidad y la fijación de las prácticas a espacios concretos e intransferibles».¹⁰

Como sostiene el autor, una virtualidad implícita en la movilización permite construir un límite en torno a la oposición «nosotros»-ellos, el pueblo y los políticos, los de abajo y los de arriba, características que no pueden ser solo atribuidas a las marchas en las calles de la ciudad de México.

En las diferentes movilizaciones, la toma de los espacios públicos expresa la quiebra del respeto a las regulaciones normativas de la coexistencia civil, conjugando la condición de una intensa normatización y estipulación del *uso correcto* de la ciudad con su permanente subversión y rebasamiento de usos locales. Paralelamente a estos espacios ritualizados se realiza un juego de inversión de la realidad, se construyen espacios lúdicos con música, fiesta, máscaras, que invierten el orden establecido.

En este marco, los actos públicos de la última década, entendidos como una reacción frente al poder, conjugan factores políticos, económicos, sociales, culturales y comunicativos. Estos hechos van construyendo una nueva noción de realidad, apegada a la apropiación del espacio y de la vida pública, que se transforma por la acción del sujeto. La dimensión material de la ciudad permite que los ciudadanos establezcan referentes que los sitúan territorialmente y, al mismo tiempo, la dimensión simbólica de las formas urbanas establece un sistema de representación de la organización sociopolítica, cuyos significados permiten la construcción de una memoria colectiva.

En este estudio interesa explorar el campo contextual donde circulan mediaciones simbólicas y los sentidos que se generan a partir de la ciudad como texto. Las mediaciones que permiten recuperarla parten no solo de la experiencia y la memoria personal, sino también de los diferentes discursos que se construyen en torno a ella. A través de la prensa escrita, por medio de fotografías que recortan una visión de la realidad; de noticieros que documentan el ruido, el tráfico, la inseguridad, las molestias de los transeúntes; la radio que dibuja las voces y los personajes, se conforma una estética urbana diferente.

La manera en que se construye un sentido social determina nuestra posibilidad de influir en los procesos políticos y, por ende, en la esfera pública. En los últimos diez años, la conciencia que dirige las movilizaciones alcanza su plenitud cuando se pone en contacto con el cuerpo y la memoria de la ciudad. Reaparece entonces un capital político acumulado y socialmente significativo,

10. Francisco Cruces, «El ritual de las protestas en las marchas urbanas», en Néstor García Canclini, coord., *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México DF, Grijalbo, 1998, p. 40.

que es validado por los grupos sociales a través de estrategias de movilización y supervivencia para moverse dentro de los escenarios urbanos.

Al respecto existe un interesante trabajo de Gabriela Córdova¹¹ que analiza la caída de Mahuad y Bucaram desde el discurso mediático, donde el uso de la tecnología permitió que el público no marchante asista, en vivo y en directo, a la caída de dos presidentes de la República. Este estudio nos permite ver cómo los escenarios urbanos facilitan la transmisión en tiempo real, a la vez que convocan y movilizan a la ciudadanía. Según la autora, el discurso mediático imprimió a la caídas presidenciales, sobre todo de los dos últimos gobiernos, ritmos mediáticos diferentes a los del hecho social. La estructura de la agenda periodística incidió en la construcción de las imágenes protagónicas, la dramatización de la noticia contribuyó a generar estados de ánimo que auspiciaron los derrocamientos y, finalmente, las recopilaciones informativas y análisis, entretejieron memorias y olvidos colectivos. El universo mediático conformó un ambiente que acogió a cada medio en un conglomerado único y sumergió al televidente, lector u oyente, en el entramado de la política virtual.

Tomando como referencia este estudio, los acontecimientos de la última década, aunque en diferentes proporciones, guardan ciertas semejanzas en cuanto a la ritualización gráfica de la protesta. Las imágenes de multitudes compactas movilizadas, en algunos casos acéfalas y, en otros, encabezadas por ciertos «protagonistas», coadyuvaron a la convocatoria, en tanto los *mass media* permitían recrear el aquí y el ahora. En 1997, las propuestas gráficas de la prensa mostraban una masa anónima en la marcha de la Avenida de los Shyris con titulares como: «¡Que se vaya!», publicada por el diario *Hoy*; «Ecuador le dijo no de un solo toque» en el diario *El Comercio*, expresaban el éxito de las movilizaciones y el rechazo a Bucaram.

En enero del año 2000, cambió la puesta en escena. Los periódicos matutinos de la capital, que antes privilegiaron el fenómeno de masas, ahora buscaron personalidades y rostros para encuadrar el golpe. Las imágenes del triunvirato respaldado por un grupo de militares y cientos de indígenas fueron la noticia, mientras el pueblo fue invisibilizado en el hecho político.

En la caída de Gutiérrez las jornadas de protesta se trasladaron a diferentes barrios de la capital como: la Vicentina, Monjas, Conocoto, la Villa Flora, el valle de Los Chillos, Cumbayá, la Floresta... pero fueron recogidas tardíamente y a regañadientes, por los *mass media*. Tal como lo reseña el periodista Roberto Aguilar: «los medios fueron incapaces de transmitir al país siquiera una idea lejana de la naturaleza de las protestas». Según expone Aguilar, los cacelrazos de Quito fueron más significativos que la marcha de las cami-

11. Gabriela Córdova, *Anatomía de los golpes de Estado: la prensa en la caída de Mahuad y Bucaram*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala, 2003, p. 59-76.

setas blancas,¹² la marcha de la capital y la marcha de Abdalá juntas, por su dimensión y naturaleza; sin embargo aquéllos que no participaron en directo no pudieron tampoco hacerlo a través de la televisión.

Un fenómeno mediático que contrasta entre las marchas de 1997 y las de 2000, donde los medios de comunicación, sobre todo la prensa y la televisión, jugaron un rol fundamental. En 2005, la comunicación en tiempo real se dio a través de radio *La Luna*, que abrió sus micrófonos al público y que, a través de miles de mensajes por celular –de personas en su mayoría de clase media y alta–, permitió que se amplíe y amplifique la convocatoria para salir a las calles.

A lo largo de diferentes actos de protesta, la aparición de comportamientos formales, repetitivos y estilizados que se llevaron a cabo en diferentes espacios, cargados de simbolismo, incluyeron *órdenes litúrgicas*;¹³ es decir, secuencias de palabras y acciones elaboradas antes de la representación para luego ser escenificadas. Es allí cuando los cánticos, el griterío, los saltos interminables al ritmo de un tambor, el sonido de las ollas, los pitos, la expresión de los rostros, los puños levantados nos remiten a la memoria de estos *lugares*.

Retomamos los planteamientos de Jairo Montoya quien define a la ciudad como un constructo humano, como producción de una experiencia vital que pone en sus marcas visibles y en sus trazos no visibles la impronta de su continuo presente. Según esto, las marcas visibles cargadas de esas memorias legendarias que cristalizan puntos fijos de identidad y de reconocimiento ciudadano, pierden su condición de monumento para devenir en signos labiales y móviles, continuamente resemantizados por la experiencia polivalente de la ciudad. Mediante estas marcas, sostiene Montoya, se vuelve a recrear la ciudad, lo que contribuye a su persistencia, preservación, elaboración y preelaboración. De esta forma, la urbe se actualiza en unos procesos de escritura *palimpsestica*, cuyas huellas y registros son el soporte de esas memorias que la constituyen.¹⁴

En distintos contextos históricos, la incorporación de los ciudadanos y ciudadanas a las formas políticas de la modernidad, se tradujo en diferentes campos de expresión, uno de ellos, la protesta urbana. La lucha política ha sido parte del crecimiento de la ciudad de Quito.¹⁵ Dichos actos contienen un valor

12. El 11 de diciembre de 2002, cerca de 40.000 personas salieron a las calles de Quito para manifestarse en contra de la inseguridad y la delincuencia. Todos los participantes lucieron camisetas blancas como una manera de llamar la atención de la ciudadanía y de las autoridades.

13. El ritual es entendido como un argumento de imágenes, cuya capacidad persuasiva produce movilización.

14. Jairo Montoya, «Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: la ciudad como conflicto de memorias», en *Pensar la ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo, 1996, p. 69-80.

15. Los estudios del historiador Juan Paz y Miño reseñan entre las más importantes las rebeliones y

intrínseco en la vida local, puesto que visibilizan las demandas ciudadanas ante las diferentes instancias del sistema político y nacional.

Desde luego, no es de suponer que la capacidad de manifestarse es siempre eficaz y positiva; en diez años todavía seguimos discutiendo cuáles son las formas de vivir una democracia plena. Lo que nos interesa es su poder de tocar, al menos por instantes, fibras íntimas de los actores de la protesta y los ciudadanos.

LA URBE Y SUS MEMORIAS DE ASFALTO

El 5 de febrero de 1997 Quito amaneció embanderado. En cada casa, la tricolor lucía un crespón negro en señal de luto. Las movilizaciones estudiantiles, las marchas del Frente Popular y los paros del pueblo, así como el congestionamiento de los sitios neurálgicos del sistema circulatorio de la ciudad, eran la tónica de un día que presagiaba la caída presidencial.

Una de las primeras acciones fue la toma de la Catedral. El 29 de enero, más de un centenar de personas, miembros de la Coordinadora de Movimientos Sociales, «armados» con mochilas, pancartas, tarros de pintura, alimentos y botellas de agua, ingresaron a la Catedral Metropolitana para tomarse este espacio religioso como frente y símbolo de la lucha ciudadana.

En la esquina de las calles García Moreno y Chile la multitud aguardaba. Las pancartas copaban los rincones de la plaza y la multitud se divierte leyendo las frases que presagian la caída del «loco». Pasan los policías movidos por el acontecimiento, algunos fotógrafos en busca de rostros, personajes, historias, y las infaltables cámaras de televisión.

En la Plaza Grande, las mujeres de la Coordinadora reparten claveles entre los transeúntes y los monigotes se instalan en los alrededores. Carondelet al ritmo de las consignas coreadas a toda voz y los brazos levantados de los

sublevaciones indígenas que violentaban la subordinación debida a un poder instaurado: la Rebelión de los Encomenderos (1544-1548) que proclamó la emancipación de la provincia quiteña; la Revolución de las Alcabalas (1592-1593), en la que una multitud persiguió enardecida al Presidente de la Audiencia; la Rebelión de los Barrios de Quito en 1765 contra el estanco del aguardiente y la aduana. Después de la Independencia y durante la República, menciona que no faltaron muchedumbres, rebeliones, saqueos y un clima de violencia en Quito, que acompañaron jornadas golpistas en contra de los gobiernos. De igual forma menciona la matanza y arrastre de Eloy Alfaro en 1912. En la última década destaca el derrocamiento de Abdalá Bucaram en febrero de 1997; Jamil Mahuad en enero de 2000 y Lucio Gutiérrez, en abril de 2005. Sin embargo, recalca que desde la visión de los grupos dominantes, las movilizaciones, resistencias, levantamientos y luchas populares han sido descalificados y tiende a señalarlos como actos irracionales, diario *El Comercio*, 10 de febrero de 2007, cuaderno 2, p. 16.

hombres y mujeres presentes: ¡Bucaram, fuera!... *El que no salta es Bucaram... ¡Que se vaya!*

Las primeras horas de 5 de febrero ya no le pertenecían al líder del PRE, sino al pueblo, que en todas sus formas, manifestaba su rechazo al régimen.

La Asamblea de Quito había convocado a tres concentraciones, la principal y de mayor convocatoria resultó ser la de La Carolina, frente a la tribuna. Al mediodía, la multitud congregada en la Avenida de los Shyris coreaba el Himno Nacional, entre el bullicio de los pitos y las cacerolas. De allí salió la marcha rumbo el Congreso.

En el camino, y soportando una lluvia pertinaz, surgieron nuevas «entonaciones»: «qué chuchas que llueva, Quito no se ahueva, carajo», «el pueblo mojado se vuelve más cabreado». Los manifestantes llegaron al Palacio Legislativo en medio de consignas que iban, venían y se mezclaban: «aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir, que el loco hijo de puta tiene que salir», «vaaaamos a ver quién lleva la batuta, si el pueblo organizado o el loco hijo de puta», «el que no salta es Bucaram». Empresarios, amas de casa, ambientalistas, artistas, comerciantes, maestros, estudiantes, burócratas, expresando su rechazo a la clase política y su forma de gobierno. Coreaban las consignas, pronunciando en libertad y rebeldía términos que, quizás en su cotidianidad, se inhibían.

Doce años antes, en la actual Cruz del Papa, a pocos metros de la Avenida de los Shyris, miles de quiteños y quiteñas recibieron la visita del papa Juan Pablo II, en medio de un ambiente de recogimiento y devoción, donde predominaban las banderas blancas y los rostros arrepentidos. En ese entonces, las vías alledañas también se congestionaron por la enorme afluencia de personas que permanecieron en el lugar por más de tres horas. Pero en esta ocasión todo era diferente. La tribuna fue lugar de congregación, mas no de permanencia, puesto que el objetivo era llegar a la Plaza Grande. El escenario con olor a incienso se transformó en una especie de ritual pagano, que pretendía trastocar el orden establecido y cuestionar el sentido del poder y la nación. La Tribuna de los Shyris fusionó, por así decirlo, las conmemoraciones de la ciudad con la fecha y el lugar de la caída de Bucaram.

Esta misma memoria convocó a los quiteños, el 13 de abril de 2005. A través de la radio *La Luna* cientos de personas se unieron al llamado de una señora que propuso la idea del cacerolazo. «Más llamadas respaldaron la idea. Alguien propuso el lugar de encuentro: La Shyris fue importante en la caída de Bucaram, ¿por qué no nos convocamos allá? Otro propuso la Villaflora, un tercero los barrios... ¿Y la hora? Que sea después de la merienda... así, espontáneamente fue naciendo la estrategia».¹⁶

16. Gerardo Merino, *Abril bombas mil, la represión desde el poder*, Quito, Abya-Yala / Comisión Ecuémica de Derechos Humanos, 2005, p. 97.

La concentración que partió de la Tribuna de los Shyris, que rebasaba las 5.000 personas, llegó hasta la Corte Suprema de Justicia. En las afueras se escuchaba un persistente: «democracia sí, dictadura no», «¡Pichi fuera!», al tiempo que el Ministro de Gobierno enviaba un contingente de 250 policías antimotines fuertemente armados.¹⁷ Los manifestantes, en casi todos los barrios y valles de Quito, día a día daban un nuevo nombre a su presencia combativa —el *cacerolazo*, el *reventón*, el *tablazo*, el *rollazo*, el *golpe de estadio*, el *escobazo*—, según lo hubieran previamente acordado a través de la tribuna abierta de *La Luna*.

En las plazas de Santo Domingo y San Francisco, varios son los curiosos que se suman a la algarabía del sector. Observan desde los balcones de sus casas, extrañados y ajenos; al rato asumen gestos de complicidad, facilitando a los revoltosos accesorios «de lucha» o facilidades para resistir la represión (agua, cigarrillos, pañuelos humedecidos), para finalmente dar un paso al frente y ser uno más en la protesta. La multitud cruza el espacio en una especie de excursión ciudadana, asiendo en sus manos la bandera nacional, que pronto se convierte en símbolo, profusamente apropiado.

Entre las múltiples características innovadoras que introdujeron las jornadas de abril no puede pasar desapercibida la presencia de niños y mujeres, que comparten masivamente espacios y formas de expresión antes predominantemente masculinos. Muchos la bautizaron como la *Rebelión de abril* o, en palabras del sociólogo ecuatoriano Alejandro Moreano, «La intifada quiteña», quien sostiene que la ciudad tuvo ese rostro, esa prolongación o expresión evidente de su optimismo, que se propagó febril durante las jornadas de protesta. «La sublevación liberó esa energía regulada y la transformó en fuerza política, emancipó a los cuerpos privados y los transformó en políticos, convirtió a la fiesta privada en ceremonia pública nada menos que para derrotar a un presidente y reconquistar el poder constituyente».¹⁸

Estas condiciones posibilitaron una construcción acumulativa que dio paso a memorias validadas por el uso y la práctica social. El 5 de abril de 1997, el 21 de enero de 2000 y el 20 de abril de 2005, permiten visibilizar otra ciudad, aquella donde la tertulia cotidiana, con visos de análisis y discusión política, se tomó los buses, los recreos colegiales, los cafés de los burócratas, poblando el debate de anécdotas, iniciativas, símbolos e imágenes. Al recorrer la urbe sin tráfico, los ciudadanos la reconocen, la conquistan, la alimentan.

17. El libro de la CEDHU recoge la información de la Cruz Roja Ecuatoriana que solo en Quito contabilizó 568 víctimas; 78 heridas por bombas lacrimógenas o toletazos, 333 personas con síntomas de asfixia, 14 niños extraviados, 141 personas evacuadas de casas y edificios y dos personas fallecidas, a causa de la represión.

18. Alejandro Moreano, «La intifada quiteña», en *Tintají*, 2a. quincena, abril, 2005, p. 7.

El paisaje se transforma, los parques se convierten en hospedaje improvisado, descanso en la refriega, lugar de replanteo de tácticas y estrategias.¹⁹

Es el caso del parque El Arbolito, que conecta el centro histórico con el sector moderno de la urbe. Desde la década de los 90 es un sitio de concentración y *enclave de la protesta*. En 1974 funcionó como cancha de fútbol amateur y en los 80 se convirtió en área verde. Ubicado junto a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, casual y estratégicamente «a un paso» del Tribunal Constitucional, la Embajada de Estados Unidos, el Congreso Nacional, el Palacio de Justicia, es el punto natural de encuentro de activistas de los derechos humanos, trabajadores, sindicalistas, movimientos *rockeros*, minorías sexuales, grupos de mujeres, pero, sobre todo, de los movimientos sociales e indígenas, y lugar de monumentos, homenaje y recuerdo de mujeres destacadas o víctimas de la represión. Allí constan las figuras de Nela Martínez, Manuela Sáenz y Manuela Espejo, así como las obras de Dolores Andrade junto a una pequeña plazoleta en el lado suroriental del parque, solo por mencionar algunos.

Durante las manifestaciones políticas de la última década, El Arbolito se puebla de *wipalas*; mujeres que preparan ollas comunales donde se cuece el alimento que sostendrá a sus hombres –maridos o compañeros de organización–; líderes que discuten estrategias y elaboran banderas y pancartas, mientras los niños gatean, juegan y corretean por el parque para, llegada la noche, descansar engañando al sueño, sobre las frías y desaliñadas baldosas del Ágora de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

En estos momentos, la urbe es un cuerpo colectivo que se escenifica en un «nosotros» dentro una memoria espacial, visual, afectiva y sensorial. De esta forma lugares públicos, como las tribunas revierten su condición de no lugares,²⁰ en palabras de Marc Augé. Esto nos reconcilia con el hecho de estar juntos, con la noción de la plaza pública como extensión de nuestra casa.

En gran medida es esa *ciudad real* retomada desde el concepto de *polis griega*, como lugar de la política y del poder, en términos de Jordi Borja. Su importancia radica en la facilidad de su acceso, donde caben todos y todas: inmigrantes, pobres, desempleados, niños... El espacio público es una conquista democrática que implica conflicto y riesgo, pero también iniciativa, legitimidad, fuerza acumulada, alianzas y negociación.

En este sentido, el derecho a la reapertura de los espacios públicos es también una manera de articular el tejido urbano, de recuperar su valor sim-

19. Jordi Borja, «Espacio público y ciudadanía», en Néstor García Canclini, *Reabrir espacios públicos: políticas culturales y ciudadanía*, México DF, Universidad Autónoma Metropolitana / Plaza y Valdez, 2004, p. 127-156.

20. Marc Augé, *Los no lugares, espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 85.

bólico, para incentivar formas de encuentro entre la ciudadanía. Ciertamente, oportunidad y desafío para los gobiernos locales.

A manera de síntesis, las protestas populares, que en el último decenio terminaron con el derrocamiento de tres gobiernos, permitieron articular una memoria colectiva donde la ciudad se convierte en el soporte físico de los recuerdos. La urbe de Quito como vehículo de la protesta y lugar estratégico para mirar lo nacional. A través de estas prácticas políticas, los ciudadanos y ciudadanas trascendieron los esquemas urbanos, tendiendo puentes y diseñando estrategias colectivas que les permitieron manifestarse con fuerza y eficacia dentro del conjunto urbano.

Conclusiones

Los planteamientos que siguen, más que una reflexión final, tienen por finalidad estimular la investigación respecto de los espacios públicos y su interrelación con los sujetos sociales, en la manera en que estos se politizan y adquieren diversos sentidos en determinadas coyunturas políticas.

A partir de diversas entradas teóricas, como la antropológica o sociológica, o desde la comunicación, el estudio ha permitido abordar la ciudad como centro de demandas colectivas, cambios en las relaciones de poder, confluencia de la sociedad civil y los movimientos sociales. Allí donde entra en juego el poder y distintos sentidos pugnan por ocupar un lugar central en la configuración de nuestros imaginarios, la urbe se constituye en sitio estratégico para mirar lo nacional.

En la década estudiada (1997-2007), la ciudad ha sido el escenario de las crisis políticas que terminaron con el derrocamiento de los gobiernos de Abdalá Bucaram, Jamil Mahuad y Lucio Gutiérrez. Sin embargo, bien podemos decir que las prácticas y usos del espacio público han construido lugares de la memoria como soporte físico de los manifestantes, cuyos signos y símbolos rompieron con las formas tradicionales de visibilizar las demandas ciudadanas. Precisamente la recuperación de dichos espacios, aunque con límites concretos, se transforman cuando los individuos llegan a reconocerlos y los dotan de significado.

Como ya se dijo, el espacio público como producto de un proceso social e histórico. De allí que nuestra propuesta esté atravesada por una doble lectura: la primera, como un conjunto de expresiones urbanísticas que apelan a un principio de orden precedente y, la segunda, como lugares de circulación social, como terreno esencial de la comunicación, donde se construye la memoria colectiva.

En los últimos años, como producto de la lógica económica, algunas áreas verdes de la ciudad han desaparecido, y las plazas y los parques terminan siendo área «desperdiciada», desde la mirada mercantilista. No obstante, frente a un modelo de urbanización que promueve el flujo y el rápido desplazamiento de los individuos, este no deja de producir sentidos. Es así que la generación y reterritorialización de «lugares», convierten la fragmentación y exclusión en

participación y permiten la construcción social de cualquier ejercicio democrático.

En esta perspectiva, los sitios seleccionados para este estudio, permiten visualizar la heterogeneidad social a través de las prácticas cotidianas individuales y colectivas. Lugares, cuyas tramas urbanas y procesos de restructuración diferentes entre sí, posibilitan comparar y contrastar los sentidos de apropiación que establecen los habitantes con su entorno.

De esta forma, son espacios públicos ubicados en tres zonas importantes de la urbe: centro, norte y sur. La Plaza de Santo Domingo, cuyo patrimonio arquitectónico y riqueza cultural comportan una tensión simbólica entre lo religioso y lo popular, que determinan los usos y apropiaciones de la misma, lo que se ha denominado la dualidad del espacio. Santo Domingo, plaza de raíz colonial, se transformó en nodo conflictivo dentro del conjunto urbano debido, entre otros factores, a la movilidad de la población hacia otras zonas de la urbe, la proliferación del comercio informal, el hacinamiento y la inseguridad. Por esta razón, durante varios años las políticas municipales se enfocaron a la rehabilitación, renovación y rescate de este espacio público para mejorar el entorno, refaccionar las viviendas, repoblar el sector y promover la participación de los moradores.

Esta recuperación de las formas comunitarias, con una marcada presencia de la cultura popular, permitió el contraste y comparación con otros espacios públicos escogidos para este estudio. En contraste, las tribunas del norte y sur de la urbe constituyen espacios públicos construidos en la década de 1990, de alguna manera impuestos dentro de la trama urbana, generando controversia y polémica no solo por la dimensión de las estructuras arquitectónicas, sino también por la ubicación de las mismas, asentadas en dos arterias principales de la capital, es decir, nodos de circulación importante.

Por un lado, alrededor de la Tribuna de los Shyris, levantada en plena zona comercial de la urbe, las viviendas van desapareciendo poco a poco del paisaje urbano. El trazado de las avenidas y la construcción de edificios, símbolos de la modernidad, van creando una nueva centralidad basada en actividades financieras y comerciales. La escasa presencia de conjuntos residenciales están diseñados de tal manera que se conviertan en entidades cerradas, cuyo aislamiento amurallado garantiza la seguridad de las familias, donde las vías de acceso y los espacios verdes son de uso privado y exclusivo de sus residentes. Sin embargo, en la zona colindante, con la caída de la noche, se generan y hacen presente otras prácticas y usos del espacio, en una suerte de juego malabar entre el disfraz y el escaparate.

Finalmente, la configuración urbana de la Tribuna del Sur, aunque estructuralmente sea réplica de la de los Shyris, posibilita la vida barrial con mucha más cercanía y acciones de pertenencia. La disposición de casas y calles,

a manera de pasajes, permite otras formas de comunicación entre los vecinos. Los usos públicos que los habitantes hacen de este espacio, abarcan otros campos, en la medida en que sus pobladores son responsables y partícipes de la conservación del entorno.

Los dos espacios públicos fueron pensados como una forma de tender puentes de ida y vuelta entre el norte y el sur de la urbe. Sin embargo, más allá de que las dos sean escenario de actos cívicos o festivos en las fiestas de fundación de la ciudad, con el tiempo van siendo percibidas como focos de peligro y lugar de congestión vehicular. En miras de contrarrestar esta situación, en octubre de 2006 las autoridades municipales plantearon un proyecto tendiente a suprimir estas tribunas, sustituyéndolas por estructuras desmontables. La propuesta del Cabildo incluye un plan de rehabilitación del parque La Carolina, mismo que contempla la construcción de un ágora, la simulación de una quebrada y la ampliación del parque náutico.¹

Lo dicho nos lleva a pensar que aunque el espacio público surge y se desarrolla asociado a nociones de apertura y libertad, paradójicamente también puede estar sujeto a limitaciones y restricciones a favor de otros intereses y objetivos.

En definitiva, este conjunto de distinciones respecto de los espacios públicos, niveles de participación e integración del sujeto al conjunto urbano, permiten plantear que este se constituye más como una realidad inclusiva y democrática en la que se puede intervenir cotidianamente, cuyos habitantes continúan generando dinámicas de significación espacial (lugares) y formas de interacción social.

Una ciudad quimérica, trashumante y real, donde a través del contacto cotidiano de la gente, la realidad física es superada. De allí, el reconocimiento de la labor del individuo en el quehacer histórico, como parte de sus múltiples intersecciones donde los testimonios, historias personales o barriales atraviesan la historia de la urbe quiteña. Esa es la apuesta para una ciudad más inclusiva, abierta y participativa.

1. «El parque de La Carolina está sobreexplotado», en *El Comercio*, Quito, 15 de octubre de 2006, cuaderno 2, p. 24.

Bibliografía

- Abad, Gustavo, *El monstruo es el otro. La narrativa social del miedo en Quito*, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB-E) / Corporación Editora Nacional, 2005.
- Adoum, Jorge Enrique, *Antología. Ni están todos los que son*, Quito, Eskéletra, 1999.
- Aguilar, Roberto, «La televisión no está en nada», en *Tintaji*, Quito, p. 12-13, 2005.
- Augé, Marc, *Los no lugares, espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Avendaño, Fabio, «Lectura interpretativa de contextos urbanos de periferia», en *La calle. Lo ajeno, lo público y lo imaginado*, Bogotá, Barrio Taller, 1997, p. 51-70, 1997.
- Bajtín, Mijaíl, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1999.
- Bauman, Zygmunt, *La globalización. Consecuencias humanas*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Benjamin Walter, *Poesía y capitalismo*, Madrid, Taurus, 1991.
- Bonfim, Carlos, *Humor y crónica urbana*, Quito, UASB-E / Abya-Yala, 2003.
- Borja, Jordi, «La ciudad del deseo», en Fernando Carrión, comp., *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*, Quito, FLACSO Ecuador / Junta de Andalucía, p. 391-396, 2001.
- «Espacio público y ciudadanía», en Nestor García Canclini, *Reabrir espacios públicos: políticas culturales y ciudadanía*, México DF, Universidad Autónoma Metropolitana / Plaza y Valdez, p. 127-156, 2004.
- Calvino, Ítalo, *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela, 1990.
- Carrión, Fernando, comp., *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*, Quito, FLACSO Ecuador / Junta de Andalucía, 2001.
- Carrión, Fernando, *Espacio público, punto de partida para la alteridad*, Quito, FLACSO Ecuador, 2004.
- Carvajalino Bayona, Hernando, *La calle: lo ajeno, lo público y lo imaginado*, Bogotá, Documentos Barrio Taller, 1997.
- Castells, Manuel, *La sociedad red*, Madrid, Alianza, 1997.
- Chartier, Roger, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México DF, Instituto Mora, 1987.
- Córdova, Gabriela, *Anatomía de los golpes de Estado. La prensa en la caída de Mahuad y Bucaram*, Quito, UASB-E / Abya-Yala, 2003.
- Córdova Montúfar, Marco, *Quito, imagen urbana, espacio público, memoria e identidad*, Quito, Trama, 2005.

- Cornejo Menacho, Diego, «¡Que se vaya! Crónica del Bucaramato», en *Hoy*, Quito, 5 de febrero de 1997, «Editorial», p. 4.
- Cruces, Francisco, «El ritual de la protesta en las marchas urbanas», en Néstor García Canclini, coord., *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México DF, Grijalbo, p. 26-83, 1998.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, trad. de Alejandro Pescador, México DF, Universidad Iberoamericana, 1996.
- De la Torre, Carlos, *Populismo, democracia, protestas y crisis políticas recurrentes en Ecuador*, Quito, Fundación Honrad Adenauer, 2006.
- Eco, Humberto, *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1999.
- Entel, Alicia, *La ciudad bajo sospecha*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- Escobar, Raquel, «Comunicación y protesta urbana», en Ivan Rodrigo Mendizábal, y Leonela Cucurella, edit., *Comunicación en el tercer milenio. Nuevos escenarios y tendencias*, Quito, UASB-E / Friedrich Ebert Stiftung / Abya-Yala, p. 403-426, 2001.
- Febres Cordero, Francisco, *Bucaram: tocata, robata y fuga*, Quito, Edimpres, 1997.
- Freire Rubio, Edgar, comp., *Quito: tradiciones, leyendas y memoria*, Quito, Libresa, 1994.
- Hoy, *El abril de los forajidos. Caída y fuga de Lucio Gutiérrez*, Quito, Edimpres, 2005.
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Jurado Noboa, Fernando, *Plazas y plazuelas de Quito*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1989.
- Kingman Garcés, Eduardo, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940*, Quito, FLACSO Ecuador / Universidad Rovira e Virgili, 2006.
- Lucas, Kintto, *La rebelión de los indios*, Quito, Abya-Yala, 2000.
- Lynch, Kevin, *La ciudad como medio ambiente*, Madrid, Alianza, 1967.
- Mairal, Gaspar, «Una exploración etnográfica del espacio urbano», en *Revista de Antropología Social*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, p. 177-191, 2000.
- Martín Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México DF, Gustavo Gili, 4a. ed., 1987.
- Merino, Gerardo, *Abril bombas mil: la represión desde el poder*, Quito, Abya-Yala / Comisión Ecuménica de Derechos Humanos, 2005.
- Montoya, Jairo, «Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: la ciudad como conflicto de memorias», en *Pensar la ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo, p. 69-80, 1996.
- Moreano, Alejandro, «La intifada quiteña», en *Tintají*, segunda quincena de abril, Quito, p. 7, 2005.
- Moya Peralta, Rómulo, *30 años de arquitectura moderna, 1950-1980*, Quito, Trama, 2004.
- Municipio Metropolitano de Quito, *Memoria histórica y cultural de La Loma*, Quito, Municipio de Quito, 2004.
- Naranjo, Marcelo, et al., *Antigua modernidad y memoria del presente. Culturas urbanas e identidad*, Quito, FLACSO Ecuador, 1999.
- Noboa, Guillermo, *Tradiciones quiteñas*, Quito, Voluntad, 1963.
- Ortiz Crespo, Alfonso, *Guía arquitectónica de Quito*, Quito, Trama, 2005.
- , *Arquitectura ecuatoriana. Tipología, tendencias. Edificios y espacios urbanos*, Quito, Trama, 2004.

- Ortiz, Renato, *Modernidad y espacio*, Quito, Norma, 2000.
- Paz y Miño, Juan, *Golpe y contragolpe: la «Rebelión de Quito» del 21 de enero del 2000*, Quito, Taller de Historia Económica / Abya-Yala, 2002.
- «La lucha política en el crecimiento de la urbe», en *El Comercio*, Quito, 10 de febrero de 2007, cuaderno 2, p. 16.
- Ponce, Javier, «Las cajoneras», en Edgar Freire Rubio y Manuel Espinosa Apolo, comp., *Parias, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999.
- Rincón, Omar, *et al.*, *Entre miedos y goces*, Bogotá, Comunicación, vida pública y ciudadanía / Pontificia Universidad Javeriana / UNESCO, 2006.
- Rojas Mix, Miguel, *La Plaza Mayor*, Barcelona, Muchnik, 1978.
- Ruales, Huilo, *Fetiché y fantoche*, Quito, Bananapub, 1994.
- Viviescas, Fernando, *et al.*, *La calle, lo ajeno, lo público y lo imaginado*, Bogotá, Documentos Barrio Taller, 1997.

Otras publicaciones

Municipio Metropolitano de Quito, publicaciones periódicas de las administraciones zonales, Quito.

Artículos internet

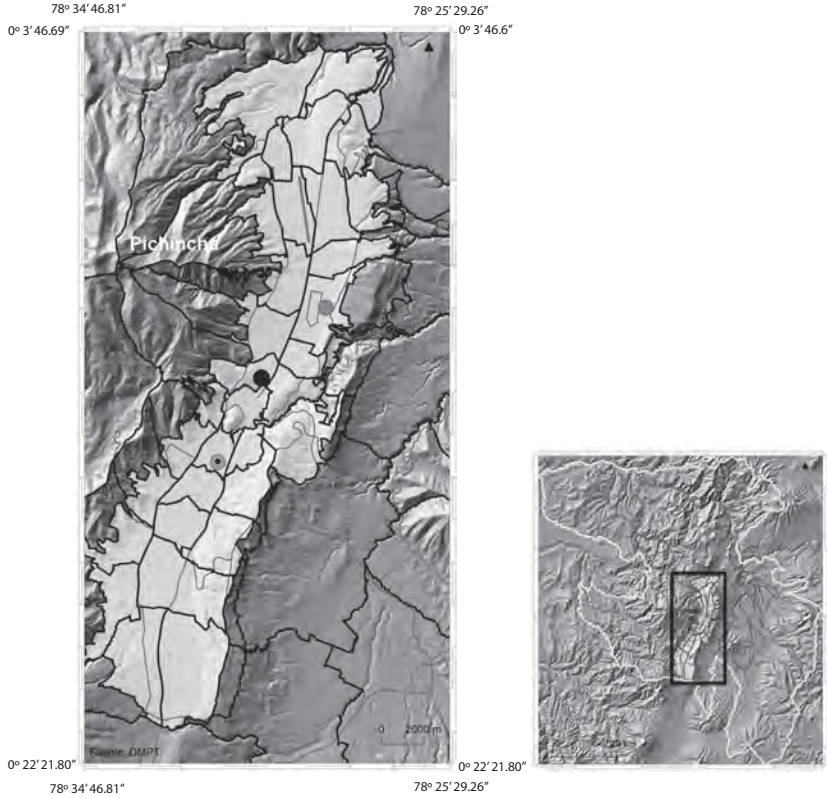
- Borja, Jordi, Conferencia pronunciada en el «Fórum Europa», Barcelona, junio de 2001, en *Revista La Factoría, Cataluña*, <<http://www.lafactoriaweb.com/articulos/borja17.htm>>. Consultado el 16 de mayo de 2006.
- Piccini, Mabel, «La ciudad interior: comunicación a distancia y nuevos destinos culturales», en *Federación Latinoamericana de Comunicación Social*, <<http://www.felafacs.org>>. Consultado en abril de 2006, junio de 2006.
- Ricoeur, Paul, «Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado», en Anne Pérotin-Dumon, dir., *Historizar el pasado vivo en América, en Universidad Alberto Hurtado-Centro de Ética*, <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php>. Consultado el 6 de mayo de 2006.

Publicaciones periódicas

- EL Comercio, «Ciudadanía: el menú sí cambió después del 5», en *El Comercio*, Quito, 23 de febrero de 1997, cuaderno 1, p. 4.
- EL Comercio, «La sociedad civil sí creció el 5», en *El Comercio*, Quito, 9 de febrero de 1997, cuaderno 1, p. 5.
- EL Comercio, «El parque de La Carolina está sobreexplotado», en *El Comercio*, Quito, 15 de octubre de 2006, cuaderno 2, p. 24.

ANEXOS

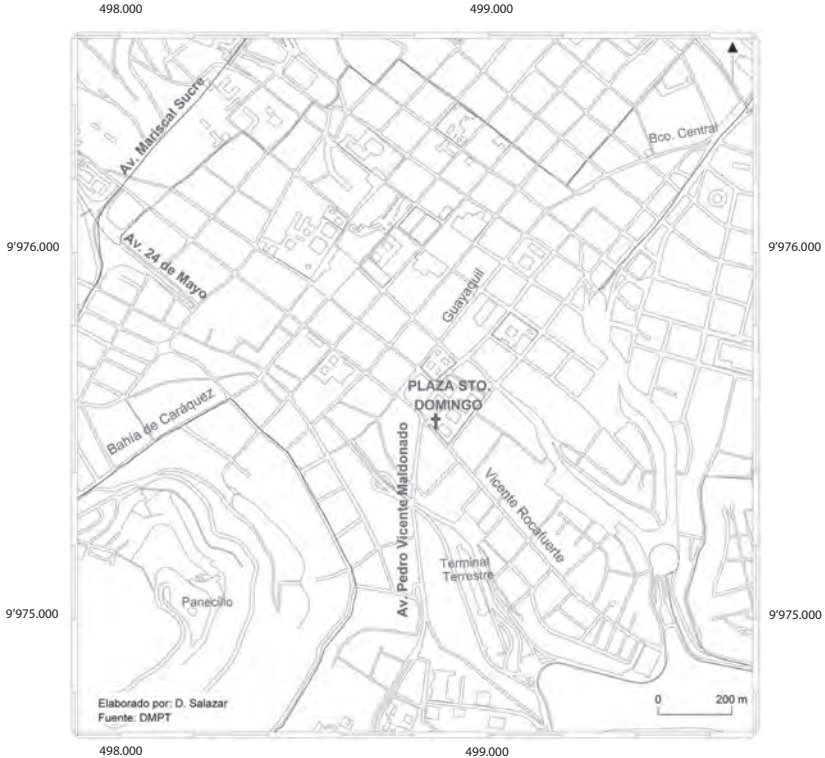
1. Ubicación de los espacios públicos en Quito: Tribuna de los Shyris, Plaza de Santo Domingo y Tribuna del Sur






Legenda

- | | | | |
|---|------------------------|---|---|
| ● | Tribuna de los Shyris | ■ | Área urbana |
| ● | Plaza de Santo Domingo | — | Límite del Distrito Metropolitano de Quito |
| ● | Tribuna del Sur | — | Límites parroquiales |
| | | — | Vías principales |

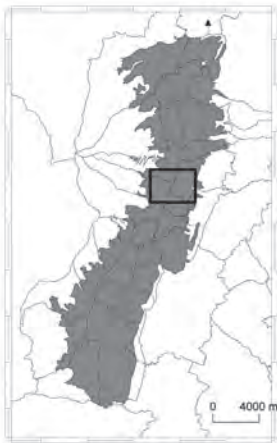
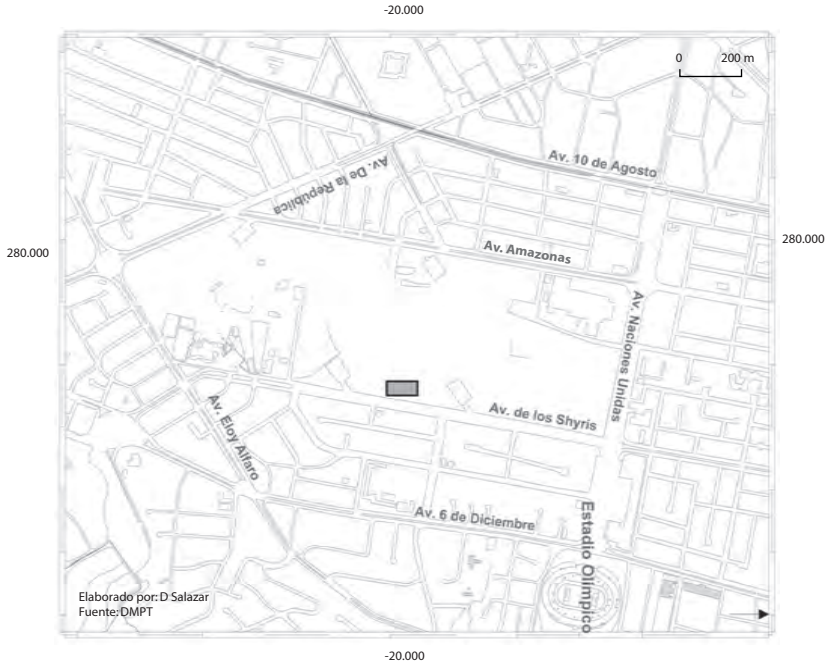
2. Ubicación de la Plaza de Santo Domingo







Legenda

-  Área urbana (Quito)
-  Trama vial (avenidas y calles)
-  Límites parroquiales

3. Ubicación de la Tribuna de los Shyris



Leyenda

-  Tribuna de los Shyris
-  Área urbana (Quito)
-  Trama vial (avenidas y calles)
-  Límites parroquiales

4. Ubicación de la Tribuna del Sur



Leyenda

- Tribuna del Sur
- Área urbana (Quito)
- Trama vial (avenidas y calles)
- Límites parroquiales

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la Subregión en Sudamérica, América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución de la Comunidad Andina (CAN). Como tal forma parte del Sistema Andino de Integración. Fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene sedes académicas en Sucre (Bolivia), Quito (Ecuador), sedes locales en La Paz y Santa Cruz (Bolivia), y oficinas en Bogotá (Colombia) y Lima (Perú). La Universidad tiene especial relación con los países de la UNASUR.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en el Ecuador en 1992. En ese año la Universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, el que fue ratificado por la legislación ecuatoriana vigente. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Últimos títulos de la Serie Magíster

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

- 132** Melissa Núñez Pacheco, LOS CONCEPTOS JURÍDICOS INDETERMINADOS: LA MERCADERÍA. Controversias y soluciones
- 133** Guillermo Cordero, LA NOVELA POLICIAL EN ECUADOR
- 134** Gustavo Medinaceli, LA APLICACIÓN DIRECTA DE LA CONSTITUCIÓN
- 135** Gonzalo Ordóñez, LA NARRATIVA DEL AMOR Y LA INTIMIDAD EN UNA SERIE DE TELEVISIÓN
- 136** Rodrigo Silva Tapia, EL MODELO NEOLIBERAL Y EL SERVICIO DE TELEFONÍA MÓVIL EN ECUADOR
- 137** Rocío Nasimba Loachamín, LA POLÍTICA DE INMIGRACIÓN EN EL GOBIERNO DE RAFAEL CORREA: entre el deber ser y el ser
- 138** Alonso Llanos, GESTIÓN DEL ESPECTRO RADIOELÉCTRICO EN ECUADOR: nueva modalidad para radiodifusión y televisión abierta
- 139** Gustavo Prieto, EL TRATO JUSTO Y EQUITATIVO EN EL DERECHO INTERNACIONAL DE INVERSIONES
- 140** Luisa Paola Sanabria Torres, REPARAR A LA INFANCIA Y A LA ADOLESCENCIA: desafíos del enfoque diferencial de edad en la política pública
- 141** Pamela Aguirre, EL PRINCIPIO CONSTITUCIONAL DE LEGALIDAD Y LA FACULTAD NORMATIVA DEL SRI
- 142** Lina Parra, CONSTITUCIONALISMO CONTEMPORÁNEO Y LA TEORÍA DEL CONTENIDO MÍNIMO: el derecho al trabajo
- 143** Sofía Luzuriaga Jaramillo, QUITO Y SUS RECORRIDOS DE AGUA: abastecimiento, discursos y pautas higiénicas modernizantes
- 144** Robinson Cabrera Gómez, LA EDUCACIÓN COMO OPORTUNIDAD PARA LA EMERGENCIA DE LA HUMANIDAD
- 145** María Elsa Copa, LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE DOS EXPERIENCIAS EDUCATIVAS DE BOLIVIA Y ECUADOR impulsadas por dos organizaciones campesino indígenas
- 146** Ylonka Tillería Muñoz, USOS POLÍTICOS Y CULTURALES DEL ESPACIO PÚBLICO EN QUITO, 1997-2007

Este libro indaga sobre tres niveles discursivos que se interrelacionan entre sí: la ciudad quimérica (la ciudad de los recuerdos), la ciudad trashumante (el lenguaje de los usos ciudadanos contemporáneos) y la ciudad real (el lenguaje de la política y de la participación ciudadana) en tres espacios: la Tribuna de los Shyris, la Plaza de Santo Domingo y la Tribuna del Sur.

El primer capítulo, «Ciudad quimérica», explora los distintos cambios históricos, demográficos, sociales y políticos de los tres espacios que representan el norte, centro y sur de la urbe, cuyos contrastes y diferencias están determinados por sus luchas históricas.

El capítulo II, «Ciudad trashumante», se detiene en las dinámicas sociales y culturales con el análisis de las prácticas de los actores urbanos y sus distintas maneras de ocupación y representación.

El capítulo III, «Ciudad real», describe los diversos actos de participación social y protestas populares que en la década 1997-2007 terminaron con el derrocamiento de tres gobiernos: Quito como espacio de la protesta y sitio estratégico para mirar lo nacional.

Esta investigación muestra que, a través de estas prácticas políticas, los habitantes trascienden los esquemas urbanos, tienden puentes y diseñan estrategias colectivas que convierten los espacios públicos en lugares de circulación social, donde se generan dinámicas de significación espacial (*lugares*) y formas de participación e interacción social.



Ylonka Tillería Muñoz (Quito, 1977) es comunicadora social y periodista. Obtuvo su título de licenciada en Comunicación Social (2002) en la Universidad Central del Ecuador, Quito. Es Magíster en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana (2008) y candidata doctoral en Salud Colectiva, Ambiente y Sociedad, por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito. Ha publicado, junto con Jaime Breilh, el libro Aceleración global y despojo en Ecuador: el retroceso del derecho a la salud en la era neoliberal (2009). Trabajó para el quincenario Tintají y ha colaborado como articulista en diario El Telégrafo.

ISBN: 978-9978-84-685-8



9789978846858